

5253

J. Burgos Tamarit

# PÓPULI

DIÁLOGOS



Típ. Lit.  
V. Traveset.—Granada

Ángel de la FUENTE

Prólogo de Miguel Martínez Arellano

12-10-10  
1600

# PÓPULI

*J. Burgos Tamarit.*

R- 5253-A

# PÓPULI

DIÁLOGOS EN VERSO

PRÓLOGO

DE

**D. MIGUEL MARTINEZ ARELLANO**



ALMERÍA  
TIP. DE CELEDONIO PELÁEZ  
1909



---

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

---

*Al insigne poeta festivo, admirado  
maestro y amigo queridísimo*

*Don José López Silva,  
en testimonio de consideración y afecto.*

*J. Burgos Tamarit.*



# PRÓLOGO



## PRÓLOGO

Hará cosa de treinta años nos encontramos juntos en la redacción de un periódico diario el autor de PÓPULI y el que escribe estas líneas.

Algún tiempo después, este incesante oleaje de la vida, nos separó, y dejamos de vernos.

Conservaba yo siempre un grato recuerdo de aquel compañero cariñoso y sencillo, en trato asídúo con la musa retozona y picaresca y del que de tiempo en tiempo tenía noticias, por algunos versos que publicaba en los periódicos.

Un día, no hace muchos, al cabo de los años, nos volvimos á encontrar sobre el portland de la acera.

Estaba aún convaleciente de una gravísima enfermedad que le había puesto á dos dedos del último viaje y en viéndole, fuíme hacia él efusivamente, con

ese regocijo del que encuentra á una persona á quien creía perdida para siempre.

Nos hallabamos ya al vernos ahora, en lo alto de la cuesta, en ese punto donde empieza el rápido declinar para hundirse de súbito en la eterna noche.

Estrechamos de nuevo nuestras manos, que no habían vuelto á tocarse desde los días de la juventud, y de buenas á primeras me dijo:

«He escrito unos diálogos en verso, imitación de los de López Silva, del que soy apasionado y quiero que me escriba usted un prólogo; deseo que su nombre de usted vaya asociado al mío en el nuevo libro».

La petición era honrosa, halagadora; más llenóme de la mayor confusión, por no sentirme con autoridad para atenderla.

Me invitaban á una fiesta espléndida, sin tener ropa que ponerme...

Por nada del mundo hubiera dejado marchar á mi amigo sin complacerlo.

No hubo modo de escusarme y á poco tenía entre las manos los versos que iban á componer el libro.

Leílos.

En efecto, eran, como con toda modestia me había expresado Burgos, una imitación de ese género literario que López Silva cultiva con insuperable maestría y sin igual gracejo.

Y pensando en mi prólogo caí en ese estado impreciso, cuando el pensamiento vaga por la penumbra que separa el sueño de la vigilia y se duerme con los ojos abiertos.

Desfila por los diálogos del libro ese pueblo del suburbio de las ciudades, en que figura el obrero holgazán, las comadres habladoras y chismosas, el tahir, los mendigos, desmedrados jornaleros, industriales y comerciantes mazorrales, doncellas fáciles, golfería cínica, una táifa en fin de gente descreída, insolente, burlona, que cuando habla parece escupir las palabras de su *argot*.

Ya ha llovido desde que Burgos y yo andábamos juntos en aquellas tareas del periódico y frecuentábamos los barrios.

Una lluvia helada, menuda, persistente, que entumeciéndolas, ha concluido de enfriar los entusiasmos de esas turbas de extramuros y acorchando los corazones, está á punto de congelar una fé ya tibia.

Un tiempo, para esa gente, mezcla extraña de supersticiosos y descreídos, devotos y exaltados, el gorro de la Frigia era un símbolo redentor de su hambre y sus miserias, y el luminar de una bienaventuranza futura, el freno de sus ansias presentes y de sus ímpetus rabiosos.

Mas, ¿qué mucho que esa gente que no examina

sinó la superficie de las cosas, que no va á la entraña de los hechos, se vea descorazonada y se torne hosca contra el que se encarama sobre las espaldas de esa horda azotada por el hambre y el fariseo que hipócrita la alhaga con el bien futuro para no ser inquietado en el disfrute de sus riquezas?

Ya el emblema de su regeneración se contempla como un pintoresco tocado de mujer y la voz de la paciencia se escucha con enojo y desvío.

En el cerebro del populacho, ese pobre cerebro atrofiado por una atávica lobreguez de siglos, solo ha agarrado una enseñanza de tantas como se pretende atiborrarle:

Que el dinero lo compra todo, desde la comodidad y el hartazgo en vida, hasta el rico mausoleo bajo los cipreses en el Campo Santo y luego un túbio rincón junto al Padre Eterno allá en el Paraiso.

La fogosa arenga, la faláz promesa acompañada de una fingida compasión, ó la dádiva ruín que se disfraza con el nombre de caridad, no son ya para ese populacho otra cosa que hipócritas voces del temor ó la ambición, y al tribuno y al catequista los tiene ya puestos en su ánimo entre aquellos que agobiados por sus capas de plomo colocó Dante en el tercer círculo de su Infierno.

Diríase, á creer en el antiguo adagio, contem-

plando la muerta fé de esa gente, que toda ella pasó por Roma y que se había roto en sus almas un misterioso resorte.

Hay que convenir, en que cuando se está ahito no es mucho ofrecer á una multitud famélica sólo el pan ácimo para que aguarde la hora de la ascensión á las regiones celestiales.

Así, cuando le hablan desde una altura, éste pueblo descreído que encubre su ira bajo una jovialidad chocarrera, pone la mano extendida encima de los ojos á modo de pantalla y dice mirando socarronamente al evangelista: «Pa mí que yo he visto á éste gachó en alguna parte ú algo».

No hay ya para ese pueblo escéptico, razas, sectas, iglesias ni creencias. Solo existen para él dos castas: Pobres y ricos.

La gente del suburbio, cínica y descarada, creyente á ratos, de un modo grosero, en el momento del peligro, impía y sacrílega el demás tiempo, populacho que vende su voto por un vaso de vino, que finje dejarse catequizar por un puñado de cigarrillos, hez social á quien han acabado de sumir en la abyección y la barbarie la insinceridad de los unos y la hipócrita mojigatería de los otros, alarga la garra con las uñas escondidas para recoger la dádiva y espera en acecho para clavarlas un día, su buen día, en la hora del mo-

tín ó la revolución cuando las mujeres desgrefiadas, semejantes á fúrias, trayendo á los chiquillos á horcajadas sobre la cadera, comienzan por pegar fuego á las casetas de consumos y acaban á veces por hecatombes tan terribles como las horrendas matanzas de Mesidor.

Turbas sin dique, revolviéndose locas en espasmos de furor contra una desigualdad que las aniquila, entregadas á una orgía de sangre ó ametralladas en las calles y esparcidas como harapos que arrastra un vendabal...

Siempre el *Homo homini lupus* de la Escritura, que perdura á través de los tiempos, y como el motivo de un poema musical surge perenne en el ritmo de ésta inmensa ópera de la Humanidad.

Y cuando esa ráfaga de odio al rico, de aversión á las predicaciones, que ha azotado la frente del populacho de las ciudades, se estiende á las aldeas y los campos donde aún reina una fé sencilla y una mansedumbre de béstia de labor, entonces, el labriego, abrumado de cansancio, sacudiendo el pulgar con el que escurre el sudor de la frente, dirá ceñudo y hosco, despatarrado entre dos surcos, con el legón caído entre las piernas, al terrateniente que espera su renta panza arriba:

—«¡Eh! tú. Si quieres comer echa una mano». Y ese

día habrá surgido una vez más el *Homo homini lupus*, pero lobo tanto más terrible cuanto que un hambre atrasada hunde sus flancos y aguza unos colmillos que castañetean.

En esa hora habremos vuelto de un salto gigantesco á los tiempos bárbaros.

Toda una Era se habrá hundido como por inmenso cataclismo en los abismos del tiempo y habrá que volver á empezar la obra sublime que vienen destruyendo lentamente esos modernos fariseos que llevan el Evangelio en los lábios y en las almas, negras y podridas, como gusanos asquerosos, la hipocresía, la intransigencia, la crueldad y la mentira.

Y la chusma abyecta, los miserables, los desvaldidos, los pobres en suma, dirán, al rico devoto que les compadece hipócrita entre harturas y molicie; al sociólogo que escribe en el *confort* de su gabinete; al falaz tribuno que les arenga en la plaza, y al falso catequista que hizo de su misión una industria: ¡Oh! turba de farsantes, corazones secos al amor, que tomáis por caridad la ruín dádiva ofrecida con condiciones, como sargentos de recluta: ¡Oh, hipócritas! evangelizad en buen hora; pero no prediqueis el Evangelio; practicadlo, como hace veinte siglos os enseñó el MAESTRO.

Son hechos y no palabras lo que quiere ahora esa

muchedumbre, tan falta de pan como sobrada de astutas promesas y á la que ni aún se le ofrece como al personaje de la opereta huevos frescos y buenos consejos.

¡Está ya tan *cabreada* esa gente!, como ella misma dice en su bárbaro léxico.

Con el libro de mi amigo entre las manos, sumido en una especie de sopor, encontréme, por una extraña asociación de ideas, caído en unas imaginaciones que me habían llevado tal vez demasiado lejos, apartándome del objeto de mi lectura y de lo que puede ser el prólogo de unos versos festivos.

Es José de Burgos un poeta fácil y sincero, y en éstos diálogos entre gente perdularia, cuyos temas de conversación y vocabulario han de ser forzosamente groseros, no va enfrenada la pluma por una mojigata pulcritud. Van copiados en una completa libertad de expresión los dichos y vocablos que se oyen en barrios, plazuelas y lugares donde habita ó se reúne esa gente de los bajos fondos sociales.

Positivamente que en esos diálogos hay crudezas y desenfados que sorprenden, como ocurre en el original de donde están tomados aquellos, pero el reputar estos achaques de defectos, cuando se trata de retratar á unos personajes con su verdadero fondo y á plena luz, nos llevaría, con harto atrevimiento á cen-

surar á nuestros ingenios clásicos, cuando cultivando la literatura picaresca retrataron á la hez social con todas sus lacras, guiñapos y desvergüenzas.

Y Quevedo, Espinel y Cervantes, entre otros muchos que han inmortalizado sus nombres en éste género literario, están demasiado altos para que á estas horas ni siquiera se piense en roerles los zancajos.

Podrá tal vez objetarse que el pincel y la pluma del artista deben estar antes propicios á la copia de cuadros alegres, á describir escenas y paisajes sublimes y majestuosos, que á ese naturalismo repulsivo que retrata á la canalla en sus malas costumbres; pero al cabo ¿qué pinta con más exactitud las de una sociedad, las de todo un estado, que esas miserias y podredumbres enmedio de los que se envenena y muere el bajo pueblo?

Nada da idea tan precisa de la decadencia de aquel colosal Imperio de los Césares como ese poblacho vil que se embriagaba viendo correr en el Circo la sangre de las víctimas.

Es el modo de hacer de mi amigo Burgos, fácil y fluido y siempre he leído sus versos con ese indefinible encanto que nos produce todo lo que es natural y sencillo. Son los asuntos de sus composiciones joviales nonadas. La Musa de sus amores, aquella que se adereza con la sobra de sus hermanas y á semejanza

de la hija de *Cherubini* el de *El Duo de la Africana*, vestida con cuatro trapos, amable y sencilla, con la boca siempre sonriente, tiene su seducción en la modestia y es amable por el donaire.

¿Cómo no rendirse ante la magestad de la modestia y aficionarse de ella, cuando en todas las gerarquías sociales es el don más estimable y el distintivo de los génios?

Acostumbrados como nos tienen estos vates regionales á los piporrazos de sus trompas épicas, con los que atruenan nuestros oídos, el sonido del apacible caramillo nos encanta y entretiene gratamente.

Tiene Burgos para mí la cualidad simpática, de que concurre á la tertulia del Parnaso con miras honestas y desinteresadas; con *buen fin*, como se dice por aquí abajo en las reuniones cursis.

No es de estos poetas trashumantes que, cual mercaderes de féria, van de ciudad en ciudad presentando su género en los Juegos florales, ni forma tampoco en esa tropa literaria que aquí en provincias juega á una cursi bohemia, sin otra cosa de los simpáticos personajes de Murger, que lo astroso que cubre su majadería y el concurrir asiduo á una taberna á beber vino desgravado.

Con tales cualidades, avaloradas por los recuerdos juveniles que cual ningunos tienen magia y encanto

singulares ¿qué mucho que me parezcan de perlas los versos de mi amigo y aunque pase en silencio ante cualquiera tacha que pudiera tener el libro?

Por otra parte, invitado á hacer una presentación no es el de crítico mi papel.

¡Bueno fuera que honrado con el presente encargo, yo que carezco de méritos para ello y que apenas me llamo Pedro en la que titulan República de las letras, haciendo gala de una erudición de enciclopedia y echándolas de crítico y sabihondo, saliera con una petulante impertinencia poniendo tildes á la obra so pretexto de imparcial y puritano!

Sin duda por la concomitancia que tiene con el caso de ahora, acude á mi memoria cierto sucedido, que hé de contar para poner fin á estos renglones, ya demasiados.

Solicitó una vez cierto sugeto llamado Pérez de un su amigo á quien le pondremos X... por llamarle de algún modo, que le presentara en una reunión de medio pelo donde se pasaba agradablemente el rato.

X... no conocía á los dueños de la casa, pero en su deseo de complacer á Pérez á toda costa, se presentó con él en la tertulia, donde ya se entregaban los concurrentes á las delicias del baile.

Cesó un momento la polka á la entrada de los dos amigos y dijo X... doblándose en una profunda genu-

flexión ante la señora de la casa.

—Tengo el gusto de presentar á usted á mi amigo el señor de Pérez.

—Muy señor mío, ¿pero y á usted quien le presenta?—preguntó ella adoptando una actitud de digna severidad.

—Es inútil señora, porque yo me retiro,—contestó X... inclinándose de nuevo y desapareciendo escalera abajo.

Ahora, ahí se quedan ustedes con los versos de Burgos, que por tantas razones encuentro yo muy apreciables.

Y no estará de más que como el amigo del cuento tenga yo preparada mi contestación, por si á alguno del cotarro literario, echándoselas de dueño de la casa se le ocurriera preguntar:

—Y bien, ¿á usted quien le presenta?

—Es inútil señores, porque yo me retiro.

Miguel Martínez Arellano.

**¡LAGARTO! ¡LAGARTO!**



# ¡LAGARTO! ¡LAGARTO!

—Pero vamos á ver ¿Por qué motivos hablas de la manera que tu hablas de Serafin el tuerto?

—Me se antoja que no esagero, ni que digo nada que no sea verdaz, ni esté probao por tóos los que padecen la desgracia de toparse con él en su camino y sufrir su influencia ú mala pata.

—Mira Eluterio, que eres pisimista y que estás ocecao *verbo en gracia*.

—No me digas, Pascual, que yo me oceco que las cosas que pasan por él pasan y toda la hecatombe que sucede

Serafin es tan solo quien la causa.  
Lo que es que tu te pones muy reacio  
pa acetar lo que digo y verlas claras  
y va ser menester que te se acerque  
y enseguida trompices y te caigas.  
¿Recuerdas tú de aquel que hacía churros  
y las más de las veces se sentaba  
enfrente de su puerta?

—Sí recuerdo.

—Pues aquel infeliz una mañana  
le vendió un cuarterón pa el chocolate  
y á poco resbaló, cayó de espaldas,  
se le inflamó el aceite y abrasao  
murió en el hespital á la semana.

—Pero eso es casual y yó me creo  
que esaztamente igual también le pasa  
ú le puede ocurrir á cualisquiera.

—¡Vamos, hombre! Discurre unas miajas  
y párate á pensar. Toda la gente  
que vivió al rededor de su morada  
¿no está en el otro mundo, salvo alguno  
que escapó por milagro de sus garras?  
¿No murió don Miguel el *Guitarrero*  
y aquel señor Valerio el de la fragua

y la mujer del *Fruncio*, y una hija de Nicanor el *Gordo* y una hermana, la Patro, la menor, que tóos los años pa casa de los padres se anunciaba, y el pobre *Ginebrita* y su consorte y Pepe el *Carbonero* y su agregada? Y en suma, pa acabar más prontamente ¿No te enterastes tú de que *Berlangas* después de estar si lía si no lía tuvo que abandonar su própia casa por hallarse lindera á la del tuerto y ser superviviente en la manzana?

—Esas son coincidencias mayormente.

—¿Coincidencias? ¡Pá chasco!

—Disparatas

por que tú ya conoces á muchismos que con entimidaz tambien lo tratan y no sé que ninguno se haiga muerto.

—Pues tendrán que morir, por que los mata ú les hace pa el caso una muy gorda y que quieras que no, se las amarga. ¡Ven acá! ¿Tu te acuerdas que salía en un cuadro del *cine* y que gritaba la multitud al verlo?

—Si Eluterio,  
de eso si que me acuerdo.

—Pues ¡amarra!

La empresa de aquel *cine* iba boyante  
y llevaba el negocio de *guamaca*,  
hasta el día en que puso la película  
de Serafin, mezclao con la masa  
de gente que salía de una juerga;  
y por tener su efigie retratada,  
la industria vino al suelo y el negocio  
se volvió de seguida sal y agua.

—Esas si que son chufas.

—Yo te digo  
que hay cosas más verdaz y más probadas  
que no te se oscurecen aunque quieras.  
¿Y el percance que tuvo Alonso el *Magras*?  
Fué á ver á Serafin sobre un negocio  
de aguardientes ú vinos; llega; llama;  
abre el tuerto la puerta; lo saluda;  
le dice sin pasar cuatro palabras  
porque yá lo conoce y le convida  
el otro á unos pasteles; los rechaza,  
el *Magras*, por temor de alguna cosa  
y por que sabe bien como las gasta.

El Serafin se pone muy pesao  
y venga machacar y hacer istancias  
hasta que Alonso aceta; se despide,  
y no había pasao de la valla  
del solar, que se siente removido  
y le arrea un dolor que despampana;  
se queda sin acción, mientras que el vientre  
prencipia á disparar una morrágia  
que le inundó talmente hasta las botas  
y se puso que aquello era una lástima.  
—Pues eso ya es chocante

—¡Y tanto!

—¡Leñe!

—Y lo más prencipal es que no para.  
Vá con él un amigo, si se terciá,  
y sea, como sea, no se escapa;  
ocurre algo muy grave y el amigo  
sin que háiga remisión se rompe el alma.  
Si se vá de viage, ya ha pasao,  
en cuanto llega al pueblo donde vaya,  
hay una inundación, una pidemia  
ú descarrila el tren ú alguien se mata.  
—¿Sabes ¡rediez! que ya me han preocupao  
esas cosas tan témidas y raras?

—Pues te voy á emitir tan solamente  
dos concetos ná más ú dos palabras  
pa que las tengas fijas y te libres  
de Serafin, si puedes.

—¿Si? Pues habla.

—Procura no encontrarlo ni de lejos:  
pero si en caso tiés esa desgracia  
y te ves en el trance, echate mano;  
si llevas una llave, te la agarras;  
te la empuñas muy bien; dices dos veces  
¡Lagarto! Con la mano se lo marcas  
y pasas muy de largo sin echarle  
ninguno de los ojos de la cara.

---

# AGUAR LA FIESTA



## AGUAR LA FIESTA

—A mí no tiés que decirme  
ni la palabra más ménima.

—Si es que quiero hablarte de eso  
que es del caso que lo sepas.

—¡Celedonio, que te calles  
te he dicho yá! ¡No seas pelma!

—¿Pero tú no eres su tío?  
¿No dice á cá istante ella  
que vé en tí á su padre á causa  
del querer que la profesas?

Y si es su madre ¿no acoje  
tus consejos y azvertencias  
hasta el punto que no hace  
ni esto sin tí?

—¡Desageras!

—No desagero; que hay cosas  
que se ven claras y ciertas,  
y no vale que tu alegues  
esas razones que alegas  
pa no azmetir que te explique  
lo que ocurrió con la Aurelia.

—Sí es que no me hace, enterarme  
de determinás materias  
por que pa eso está Luciano  
que tié el derecho.

—¡Que tenga!

¿Pero él se mete ú se ocupa  
en las cuestiones caseras,  
ni en que la chica haga esto  
ni aquello? ¿Va la Vicenta  
á contarle ú á pedirle  
ni la cosa más pequeña?

¿No es una costumbre yá  
según tóo el barrio comenta  
que tú dispongas y arregles  
las cosas como tu quieras?  
¿Que hace Luciano? Pues ná;  
sale á su trabajo; entra;  
come cuando se lo ponen;

se duerme en cuanto se acuesta;  
y en jamás de los jamases  
se ha mezclao en cosas de esas.  
—¿Y por qué?

—Por que has estao  
encima siempre y manejas  
los asuntos con soltura  
y sabes lo que te pescas;  
y además, como familia  
que seis, también las aprecias.

—Yá que tiés empeño, dilo.

—¿Quiés que te lo cuente?

—Cuenta.

—Bueno; pues estaba yó  
anoche sentao en la puerta  
de la calle, por que sabes  
que dentro el calor aprieta;  
y como uno busca el fresco,  
sea de la forma que sea,  
y ahora estorba toa la ropa  
por que atosiga y caliente,  
me puse con las menores  
pa respirar tan siquiera.  
Sale la Isidora en esto,

que tambien tié su vivienda  
allí mismo; se detiene;  
me mira con extrañeza;  
se sonrie; la saludo;  
y por esa coincidencia,  
como deseaba hablarle  
de lo que más me interesa  
y no se venía á mano  
la ocasión pa convencerla,  
me puse la mar de alegre;  
me se agolpa á la cabeza  
toa la sangre; me enternezgo  
lo mismo que una jalea;  
prencipia á decirme chufas  
y darme bromas ligeras,  
sobre sin andaba ú no andaba  
algo desahogao; y al verla  
tan jovial y tan alegre,  
tan francota y tan coqueta,  
me sereno; la contemplo  
así con prosapopeya  
y me digo: *Celedonio*  
*la ocasión te se presenta;*  
*con que á ver si eres un hombre*

---

*y si por fin la aprovechas:*  
y vengan frases de efezto;  
y locuras y ternezas;  
y mostrarle mi entusiasmo;  
y señalarle mis prendas  
con el recato posible  
en quien tié alguna verguenza.  
Con que al ver que yó le hablaba  
con la verdaz, se me quema;  
y regocijá de aquello  
que estaba viendo, se acerca  
junto á mí; yo que la alargo  
una silla; me la aceta;  
la coje; la pone junta  
de la mia y me contesta  
con la expresión dislocante  
de una mujer que camela;  
*Celedonio: usté ha lograo*  
*impresionarme de veras;*  
*y si es cierto eso que dice*  
*y con los hechos demuestra,*  
*lo que acaba usté de hacerme*  
*que conozga, con la lengua,*  
*cuenta usté con mi persona*

*si es eso lo que desea.*  
¡Carcula! ¡El delirio! Sigo  
haciendo la silueta  
de mi endeviduo y la espongo  
mi pretensión con franqueza;  
y cuando estaba mostrándola  
el ojetivo cual era,  
se le ocurre á tu sobrina  
una gorriná muy fea.  
—¿Que hizo?

—Por el balcon  
que dá encima, vá y me suelta  
sin meramientos dengunos  
una palangana llena  
de agua sucia y me mojó  
de los pies á la cabeza.  
La Isidora, que dá un salto;  
que se rie y que me deja  
avergonzao y corrio  
y que en su cuarto se encierra;  
las vecinas que se asoman  
á las voces y que empiezan  
á decir oscenidades  
y á soltar las indirectas

*Paece que el tiempo ha cambiáo:*

*¡A ver, hija, si refresca!*

*Ahora gusta el baño. El agua  
táo lo limpia y lo sana.*

Subo hecho una sopa; entro;  
digo cuatro desverguenzas  
que eran del caso y se pone  
connigo como una fiera  
tu sobrina. Por supuesto  
que si nó me tiré á ella  
pa ahogarla, fué por que estabas  
tú por medio. Considera  
la situación y el redículo  
que pasé y lo que le cuelga;  
por que yá con este lance  
y despues de aquella escena,  
dime tú si no me ha aguao  
bien aguá toda la fiesta.

—Tiés razón y si me pasa  
una cosa igual, la lleva  
superior la que me hubiese  
echao el agua. No es que tenga  
la cosa en sí na de estraño  
ni que resulte molesta

tratándose de uno solo;  
pero en situación tan crítica;  
cuando se está como tú  
estabas, en la faena  
más elevá y más sublisme  
que pué existir en la tierra,  
eso no se le perdona  
ni á una madre que lo hiciera.  
—Pues tu ya vés el conflicto.  
—Pa mí que yá no la pescas.  
—Eso creo. Por lo tanto  
á ver lo que me aconsejas.  
—Pues que pruebes y te pongas  
al fresco otra vez y á esa  
yo haré tóo lo más posible  
por si la meto en vereas.

---

## **ENTRE AMIGOS...**

**3**



## ENTRE AMIGOS...

Estábamos yo y Nemesio  
en la taberna de Irene  
tomándonos unos chatos  
y hablando de lo de siempre  
por que ya sabes lo mucho  
que nos gusta, cuando asciende  
de improviso Nicanora  
la chalequera, que tiene  
relaciones corporales  
hace más de cuatro meses  
con Isidoro Macucas  
el revendedor de muebles.  
No estaba Isidoro y ella  
so pretesto que le duelen  
por el reusma, los tercios

inferiores y azyacentes  
y que no anda bien por tanto  
lo cual que no me sorprende,  
toma asiento en otra mesa  
cercana á la nuestra.

—Suele  
hacer lo mismo otras noches  
y algo más como se tercié.

—Bueno ¿sigue?

—Sigue; cuasi  
sé lo que vás á esponerme  
por que eso yá me ha pasao  
con ella un porción de veces.

—Pues como estaba sentada  
y dando á los dos el frente,  
saluda, le contestamos,  
le preguntamos si quiere  
acetar alguna cosa  
de tóo lo que allí se espende  
que no será mucho, pero  
*super* y abundante, puede,  
y ella con una sonrisa  
que trastorna. «*Se agradece*»  
dice, despues de quedarse

pensando que hacer. Talmente  
era cuasi insinuarnos  
*«lo que querais»* con que ¡leñe!  
que voy, hago dos palmadas  
acude enseguida Perez  
y le digo: *«á la señora  
lo que guste; ú si prefiere  
to nar de lo nuestro, tráela  
un chato ú dos, quince ú veinte.*  
Ella hace un gesto y responde:  
*«Deme usté un poco de leche  
que es á lo que una se encuentra  
acostumbrá mayormente.»*  
*Pues, leche,* le digo al chico  
*y échale pa que le quede*  
que pa hembras de sus hechuras  
tóo eso es poco.

—Me paece.

—Con que llega el camarero;  
se la pone; se la bebe;  
se limpia despues los labios  
como es del caso; se viene  
con nosotros y se sienta  
junto á Nemesio que suele

gastar unas chanzas, ¡contra!  
muy pesás por lo que duelen.  
Como sabes tu que es ella  
guapa de verdaz y terne  
y bonita y muy jovial  
y más buena y más decente  
que muchas que tienen fama  
de esto y de aquello en falsete,  
comenzamos á decirla  
un porción de flores verdes  
y á tocarla á ciertos puntos  
respetives á la higiene,  
por aquello del reusma  
que, como dice, padece  
y á examinarla de vários  
asuntos que eran de ene:  
total; que estábamos ya  
los tres una miaja alegres  
y venga otro chato y otro  
y ella venga leche y leche  
cuando aparece en la puerta  
Isidoro y queda inerte  
el Nemesio; y como estaba  
armandose por que es terne

y se dispara tan fijo  
como cuatro y dos son siete,  
que hago yó; pues le echo mano  
y lo desarmo diciéndole  
al mismo tiempo á Isidoro:  
*«No creas que te se ofende  
por que esté la Nicanora  
entrambos á dos, que tiene  
sus motivos racionales  
y sabe donde se mete  
y ni yó puedo faltaros  
ni Nemesio, creo que puede  
y si es ella, no digamos  
hombre, que no te respete.»*  
—¿Y que hizo Isidoro?

—Hizo

una cosa que parece  
muy natural, muy del caso  
y muy dizna y muy prudente.  
Como vió que Nicanora  
estaba de rechupete  
de bien osequiá y tomando  
aquel alimento, vuelve  
la cabeza á un lao y otro;

la menea dulcemente  
y dice la mar de afable  
y agradecido. «Podeis  
seguir dándole á esta el jugo  
lazió pa que se alimente;  
que yo mientras acabais  
voy á entrar al circo cuestre  
pa ver esos toros mansos  
que enuncian en los carteles.

---

*Malas acciones.*



## MALAS ACCIONES

—No te rias que la cosa  
no tie en sí denguna gracia.

—Pues á mí me hace muchisma  
por más que no sé la causa  
de ver á Cornelio herío  
en la muñeca y la cara,  
sin que haiga mediao pendencia  
ni que se diga que haiga  
motivos de ningún género  
pa verlo así.

—Pues me estraña  
que digas eso, Liborio,  
por que si nó hubo jarana,  
algo pasó aquella noche

en que ocurrió el lance.

—Habla

y cuenta de qué manera  
sucedió el hecho.

—Pues nada,

si lo que fué, mayormente,  
está dicho en dos palabras.  
Sabes muy bien, que Cornelio  
es un infeliz que anda  
hace tiempo muy chiflao  
con Pilar, la *Jerezana*  
y que con ella mantiene  
relaciones suterráneas  
pa evitar que Lola sepa  
asolutamente nada  
por que lo tié suyugao  
y le atiza cá matraca  
que no sé por qué ni como  
el pobre se las aguanta.  
Vá Cornelio muchas noches  
como es propio á vesitarla  
á la Pilar, con ojezto  
de hacerle alguna compañía,  
tomándose varias copas;

y en tanto que ella despacha  
á su parroquia lo deja  
que se entretenga en la sala  
ú en otro lugar haciendo  
solitarios con las cartas  
y luego se echan un poco  
de palique; se agasajan;  
él la deja cuasi sola  
por mor de las cercustancias,  
se despide y se dirige  
tranquilamente á su casa.  
Bueno, pues que la otra noche  
se le ocurrió una burrada;  
y pa que vieran el *Pringue*,  
el *Gorrión* y el *Melazas*,  
tres socios ú compañeros  
de Cornelio, que él estaba  
á una altura por encima  
de su edaz y de su facha  
y que es el adonis cuasi  
de esa Venus archivada,  
convida á los tres; los lleva  
al puesto de ella; entran; llama;  
nadie responde y resulta

después que Pilar estaba,  
con un parroquiano dentro  
completamente ocupada.  
Tienen que esperar un rato  
que ella se desocupara  
y el Cornelio la presenta  
por fin á sus camaradas.  
Prencipian á tomar ellos  
cortaos en abundancia,  
de leche de *Anis del Mono*  
y vaya tabaco y vaya  
acalorarse y ponerse  
á echar por alto las patas  
y darla de esto y de aquello  
y decir si es ú no es guapa.  
Por fin que suenan las cuatro  
y que ya es de madrugada;  
salen de allí muy calientes  
y como el Cornelio estaba  
hecho un atún atontao,  
cayéndosele la baba,  
dando traspieses y haciendo  
equilibrios en la barra,  
al llegar junto á la esquina

pa subir hacia la Rambla  
que es donde él vive y á donde  
los otros le acompañaban  
por deferencia ó por gusto  
ó por que no se estrellara,  
trompieza, se cae, se queda  
tendió como una rana,  
con el semblante hacia abajo  
y en una postura rara.  
Acuden los tres amigos;  
lo cojen y lo levantan  
y lo ven que tiene el rostro  
como un morrón; dislocada  
la muñeca; llena toda  
de tierra, la americana  
y doliéndose del cuerpo.  
—Natural.

—Y se quejaba  
de la cabeza; por señas  
que vá el *Pringue*, se la agarra,  
se la menea, probando  
si la tenía esnucada  
y viendo que no, lo cojen,  
se lo llevan cuasi á rastras

y lo dejan hecho un bulto  
en el portal y se largan.

—Pues eso que estás contando  
pa mi si que tié su gracia;  
pero dicen el *Veneno*  
el *Liendres* y el *Cucaracha*,  
que el lance fué más chistoso  
por el final.

—¡Vamos, calla!  
que esa parte es la irnomia  
más repuznante y más mala;  
¡si de pensarlo me enciendo  
de coraje! ¡si dá rabia!  
—¿Pues qué pasó?

—¡Algo muy sucio  
muy ruín y muy feo, vaya!  
Por que si el Cornelio cumple  
tal cual con la *Jerezana*  
y la beneficia en parte  
y según cuentan, la pasa  
pa mantención y pa otras  
atenciones reservadas,  
dos ú tres ú cuatro reales  
de vellón en la semana,

---

y la vesita á diario  
y espera si está ocupada  
trabajando en su negocio,  
y la distingue y la trata  
con el afezto más grande  
y hasta se vé que se vácia  
la bolsa con ella, al punto  
que siempre la lleva escasa  
por que lo poco que tiene  
á la Pilar se lo guarda,  
y está en muchas ocasiones  
si le llega ú no le alcanza.  
Si por su culpa sostiene  
un infierno en su morada  
y sufre insultos y broncas,  
escándalos y amenazas;  
y si por ella padece  
y se vé lo mal que anda,  
sacrificando al afezto  
de esa señora unas cuantas  
cosas que no son un grano  
ni de anís ni de mostaza,  
no es justo ni squitativo,  
ni es correzto, que ella haga

con él un azto tan bajo  
como aquél azto.

—Oye, *Panza*;

yo no creo que Cornelio  
sea tan panoli ú tan mándria  
que aguanie como tú dices  
ciertas cosas que se salgan  
de las reglas naturales  
y de la buena crianza.

—Pues es lo que yó te digo.

—Me choca.

—A mí no.

—Pues, ¡hala!

concluye con el relato.

—Pues el final de la hazaña  
fué que el *Pringue* se volvió  
á ver á la *Jerezana*;

le contó lo sucedío,  
se congració unas mías  
con él y acordaron ámbos  
celebrar la costalada  
y osequiarse mútuamente  
con un polvo de batata  
que tenía pa la venta,

---

y cafeses con tostada,  
mientras que estaba Cornelio  
con dolores en la cama.

—Le está muy bien empleo.

—¡Rediez! pero por qué causa.

—Pues pa que abra más el ojo  
y tome alguna enseñanza;  
aprenda á ser más decente  
y tenga un poco de lacha.

---



Buenas amigas.



## BUENAS AMIGAS

—¿Se pué pasar?

—Adelante.

—Buenos días.

—¿Como vá?

—Pues hija, vamos tirando;  
¿y usté?

—Yo me ando tal cual;  
¿y á qué se le debe el gusto  
de verla á usté por acá?

—A que estaba con deseos  
de venir un rato y dar  
señales de que una vive.

—Está muy bien; la verdá

es que estaba usted perdía  
hace una barbaridad  
de tiempo.

—Lo mismo digo.

—Hija, pero usted sabrá  
que yo llevo nueve meses  
con la misma enfermedad  
que ya está viendo y no salgo  
por que no puedo ni andar.

—Ya me hago cargo

—¿Y sus hijas?

—Están buenas. La Pilar  
de baños; se fué con unos  
amigos nuestros, que están  
veraneando en un pueblo  
que tiene puerto de mar.  
La pequeña, en su academia  
atareadísima está;  
como que eso no sosiega  
ni descansa. ¡Vá á espichar!  
porque ha tomado lo del baile  
con un entusiasmo tal,  
que, hija mía, es el delirio  
lo que le gusta bailar.

Yo la dejo, porque el día  
que aprenda, que aprenderá,  
vá á ser una profesora  
de puntas. Lleva na más  
que dos meses de enseñanza  
y tié conocías ya  
lo menos veinte posturas  
y todas de novedaz.

—Vaya, pues sí que me alegro.

—¿Y su esposo?

—En Ultramar.

—¡Entodavía! Pues hace  
lo menos que se fué allá  
tres años.

—Precisamente  
muy pronto se cumplirán.

—¿Sigue en la melicia?

—Eso.

—¿Y qué clase?

—Melitar.

—Digo que si lo han subido.

—No sé si lo subirán.

—¿Tendrá usted ganas de verlo?

—Sí que tengo.

—Es natural.

—Legítimo.

—Me refiero  
al deseo que tendrá  
de que con usted se venga  
el pobre de Baltasar.

—Como ganas propiamente  
le diré á usted; lo esencial  
es que de na me hace falta  
ni yo carezgo de na;  
porque la suerte me ha dao  
á mi primo, el sacristán,  
que usted ya conoce.

—¡Mucho!

yo le conozgo hace ya  
lo menos ocho ú diez años  
que estuvo en la vecindaz  
con nosotros y vivía  
en un piso por detrás.  
Nos tratábamos con él  
porque es bueno y servicial  
y acompaña como nadie;  
así es que á veces, las más,  
cuando mi Marcos entraba

de guardia en el hospital,  
que era enfermero ¿usted sabe?  
me quedaba sola y ¡zás!  
enseguida se bajaba  
conmigo Jacobo á estar  
un rato en mi compañía  
y no me dejaba ya,  
hasta próxima la hora  
de ir á sus rezos.

—¡Qué afán,  
tié el pobrecillo Jacobo  
por dar gusto y agradar!  
Bueno, pues como decía,  
con él no hay nesecidaz  
de na; por que le hace á una  
tóo lo que es del caso y tal.  
—Sí que tié usted suerte hija;  
yo ahora estoy desesperá  
porque Marcos tuvo un día  
un percance y al final  
me lo dejaron cesante.

—¿Y sigue así?

—¡Claro está!  
y comò no tié trabajo

ni le gusta pasear,  
está metío en la casa  
y no me deja; lo cual  
que vá con mucha frecuencia  
á vernos un capitán...

—¿Capitán?

—Sí.

—¿De qué clase?

—La clase es muy reservá  
por que manda una partía  
de matuteros; y están  
como le venía diciendo  
habla y habla sin parar,  
hasta que el otro se larga  
aburrío.

—Lo usual.

—Ahora voy á entrevistarme  
con él.

—¿Y le vá á pasar  
algo de matute?

—Puede;

yó no sé lo que él hará.

—¿Pero usted se ha decidío?

—¡Hija, una barbaridaz!

—¿Cuando viene Pilarcita?

—Yó pienso que se vendrá  
con los amigos que ha ido.

—¿Y son muchos?

—Pues, Don Blas,  
un viajante de pimienta;  
Don Toribio el catalán,  
que trata en granos y otro  
compañero balear,  
que trabaja en confeciones  
y en cueros.

—¡Que atrocidad!  
Pues cuando vuelva la chica  
viene gorda y colorá  
estando al cuidao na menos  
que de tres.

—Y que andarán,  
matándose por cuidarla  
y ver quien la osequía más.  
Conque Amparito, me voy;  
que no háiga otra novedaz;  
espresiones cuando escriba,  
de mi parte y al truán  
de su primo, lo que quiera.

—Vaya usted con Dios Piedaz;  
mis recuerdos á sus hijas  
á Marcos y al Capitán.

---

# TRABAJO EXCESIVO



## TRABAJO EXCESIVO

—Ya sabes lo que te digo.

—Si es que te pones pesao.

—Natural.

—Bueno, pues deja  
que se descanse, que estamos  
sin parar y tóos los días  
dale que dale al trabajo,  
y le duele á uno hasta el alma,  
que uno no es de piedra, Otavio.

—¡Mecachis! si es que te quejas  
enseguida que empezamos.

—Sí que me quejo.

—Mal hecho,  
que no hay motivos pa tanto.

—¿Que nó?

—¡Que nó!

—¡Vamos hombre!

—Vaya que estarás cansao  
de una tarea por día  
y otra por noche de entrambos;  
y si tú pones lo tuyo  
me creo que yo pongo algo;  
si tú te mueves y haces,  
tampoco me estoy parao;  
y en total que tú no tienes  
más privilegio pa el caso.

—Pero es que no reflexionas  
porque estás muy ocecao:  
yo pierdo tóo lo que ganas  
por el motivo bien claro,  
de que yo trabajo encima  
y tú tiés el aparato  
con que aztúas en la planta  
inferior ú sea debajo.

—Bueno; será lo que digas:  
pero yo que me consagro  
á alimentar tu persona,  
porque estás alimentao  
como no hay dos y que comes

mesmamente como un pavo;  
yo, que hago por tí locuras  
y que te llevo y te traigo  
á donde quiera que voy  
porque vas de mí colgao;  
que te compro chucherías  
cuantas quieres y te trato  
no como á huésped si no  
como si fueras hermano;  
yó, por eso de que en varias  
ocasiones he tomao  
de tí parecer y sabes  
que tóo lo que endicas hago  
y que mi pan y mi mesa  
contigo me los comparto,  
me azmiro, pero que mucho,  
que te muestres tan reacio  
y no mires y repares  
en eso que estás hablando.  
—Pero ponte bien; discurre  
y medita más despacio;  
que en la fábrica me dejas  
en redículo y nos vamos  
á sinificar de un modo

que nos van á echar á palos.  
—¡Leñe! pues dispensa y dime  
con sencillez si es honrao  
que tú me estés dando siempre  
matraca y que yó que mando,  
tenga que aguantarme solo  
por meramientos que guardo  
á tu persona que suele  
ponerme desenfrenao.

Tú vives, como yo vivo;  
tú dispones de un salario;  
te lo bebes, te lo fumas;  
tomas cafeses á pasto;  
juegas al tute y arrastras  
de tóo cuando lo has ganao.  
—Eso si es verdaz y á veces  
te ojeto por el cansancio,  
y tú por lo que me otorgas  
y porque me tiés prohijao,  
no me dejas que respire  
ni un menuto.

—¿Que nó?

—¿Cuando?

—Cuando viene bien te deajo.

—¡Que me dejas! ¡Si no hay caso!  
y te azvierto que si sigues  
tú de ese modo, no tardo  
en casarme con la Irene  
que está siempre isinuando  
cuándo vá á ser y yo nunca  
se lo deajo de ver claro.

—¿Tú casarte? ¡No deliries!

—¿Que no delirie? Pues callo;  
pero te prevengo que ella  
tié un tupé desagerao  
y el mejor día me busca  
y me dá el primer escándalo.

—¿Pero en qué te fundas pa eso?

—Pues en que llevo dos años  
dando largas y más largas  
y su padre que es muy ganso  
y un bestia, aunque vé las cosas  
muy claras, está abroncao  
con las relaciones nuestras  
porque nota que no hago  
na que esté dentro del orden  
pa llevar á su hija al tálamo.

—¡Tonterías!

—¿Tonterías?

Tóo lo tomas tú á barato.

—¡Si es que no pué ser!

—¿Y cuala

es la causa?

—Bonifacio,

que á mí me parece inútil

que te pongas en estado.

¿Qué vas tú á hacer con la chica

si no estás acostumbrao

al matrimonio en ninguna

de sus fases?

—Pues estraño

que hables así y que tú tengas

á la Restituta.

—¿Acaso

hay paridaz? ¿Tú no sabes

que aquello fué por un larso?

Pero á tí lo que te importa

es cumplir con nuestro pazto;

estar en tu centro y darme

gusto en esto que señalo.

¿Está bien que por tu causa

ande yó tan creticao

y que la gente se ocupe  
de mí de modo tan bajo?  
¿Merezgo yó que mi cónyugue  
me esté sin cesar celando  
y que cuando le parezga  
sin reparar en que estamos  
en público, se le vaya  
la lengua, como ha pasao  
más de una vez que me ha puesto  
lo mismo que un estropajo?  
¿Te parece que es del orden  
que así me tengan tildao  
y que algunos sinverguenzas,  
que los hay, me digan algo  
cuando me ven, referente  
á nuestra amistad? ¿Me aparto  
de la razón? ¿Deficulto  
tus caprichos ni coharto,  
tu libertaz cuando quieres  
pasar por tu gusto un rato,  
bien en mi morada ú otro  
lugar ú sitio adecuaao?  
Pero en quanto que te digo  
*ven aquí y echa una mano*

*y haz este servicio aparte  
del servicio cotidiano,*  
te resistes y te pones  
difícil y andamos  
con pamplinas que abochornan  
á cualquier ciudadano.  
Así que elije: ú te largas  
viento en popa y en tu caso  
ú en tu lugar pongo otro  
de más nervio y más reaños,  
ú te sometes á todas  
las condiciones.

—Te acato.

—Hay bloque con tóo lo suyo  
ú no hay bloque; con que al grano.

—He dicho que lo que quieras  
porque no soy partidario  
de estar conociendo caras  
ú visceversas, Otavio;  
pero no seas desigente  
que me ties sacreficao  
y del trabajo que llevo  
me duele tóo el espinazo.

---

# MEDIDAS EXTREMAS



## MEDIDAS EXTREMAS

—Nada *Poli*, no te canses  
que á eso que dices no acedo.

—¿Pero por qué?

—Porque nó  
pué ser de risa.

—Nemesio,  
mira que la cosa es clara.

—¡Vamos hombre, que ha de serlo!

—Pues verás como con cuatro  
palabras yo te conenzo  
y á la fuerza has de decirme  
que tengo razón.

—Pa eso  
tiés que esponer otros datos

ú otros detalles más ciertos,  
porque al *Berzota* no hay  
quien lo tache.

—No lo niego  
en lo de atrás, pero ahora  
lo que hablo es el evangelio.  
Ya sabemos que es Eloy  
la mar de prudente y bueno  
y que la Engracia comete  
con él varios gatuperios,  
porque á veces se atortola  
y parece que está ciego.

—Eso es cuestión usual  
que tóo el mundo sabe.

—Bueno;  
pues entonces no te estrañes  
ni dudes que lo que ojeto  
háiga sucedío.

—Puede.

—¡Que sí puede!

—Pero creo  
que algo se esagera, *Poli*.

—¡Hombre, que yo no esagero!  
que si el *Berzota* dispensa

á su cónyugue un esceso  
pongo por caso, resulta  
que obra así porque es correzto  
guardar esas atenciones  
á las hembras, por aquello  
de que son muy desgraciás.  
—¿Desgraciás? ¡Pa el gato!

—Creo

que estoy hablando en razón  
y no azmito pitorreos.

—Dispensa si te has creído  
que hablándote así te ofendo;  
pero dí ya de una vez  
sin gastar tantos rodeos  
qué ha pasao con *Berzota*  
pa andar con esos misterios.  
¿Es que ha cometido un azto  
indizno tal vez?

—Me pienso

que no es cosa muy decente  
hacer lo que Eloy ha hecho;  
porque oficios bajos, muchos  
los hacen, ya lo sabemos;  
como, verbo en gracia, dar

ú, tomar malos consejos  
y emplear la lengua en chismes  
más ú menos súcios.

—Eso

ya es una cosa corriente,  
andar en chismes y cuentos.

—Claro; pero si eso pasa  
la culpa es de algunos puercos  
que parece que les gusta  
rebajarse.

—¡Al higo!

—Bueno.

Tú habrás oservao que tiene  
Eloy una cerda.

—Un cerdo.

—Hombre nó, que es una hembra.

—Adelante, porque el seso  
no debe importar

—Sí importa  
porque propiamente, el hecho  
radica ú tiene su base  
en esa viscéra y creo  
que esa es la razón motriz  
de tóo lo pasao Nemesio.

Te referiré la cosa  
tal y cómo.

—Cuenta.

—Cuento.

Pues fué que estaba la cerda  
en estado más ú menos  
de meses mayores, cuando  
un vecino, el *Velonero*,  
que sabes tú que es muy bruto  
y muy animal, creyendo  
que era gastar una broma  
delicá y de mucho efezto,  
al pasar junto á la puerta  
donde se hallaba durmiendo  
la cerda, vá y la descarga  
una coz, así por medio  
del azdómen que tenía  
meramente al descubierto;  
y á la noche fué preciso  
operarla sin remedio  
y es natural, que del lance  
lo que nació, nació muerto.  
Pasan unos días; cura;  
cicatrizo por completo

y vuelve á estar en el caso  
de interesarse de nuevo;  
y por no pagar la cuota  
respetive, al señor Pedro  
por el trabajo corpóreo  
de un guarro que á propio intento  
tié destinao á esas cosas  
propias de la raza, y lejos  
de obrar como cualisquiera  
de nosotros por ejemplo,  
vá el *Berzota* y se encamina  
con ella al corral trasero  
de su morada; la amarra,  
la coje, la mete dentro  
de su pocilga y la cubre  
con un esterón muy viejo,  
tan lleno de suciedades  
que al darle dos golpeteos,  
le echó encima al animal  
la basura y medio muerto  
lo dejó con aquel polvo  
y el amarre y el encierro.  
¡Como si los animales  
no fueran diznos, al menos

de que se tenga una poca  
de mas caridaz con ellos!  
Resultado: que la Engracia  
al enterarse de aquello  
se ha ofendio grandemente  
y es lo que ella dice: *«Tengo  
que abandonar á ese guarro  
que sin otros meramientos,  
trata tan mal á los seres  
naturales y no aceto  
verme en el mismo lugar,  
por un por si acaso luego,  
le dá la idea de hacerme  
á mí también otro osequio.»*  
Así que ya ves.

—¡Mecachis!  
que me has dejao medio lelo  
y sin acción pa siquiera  
decir tóo lo que yó pienso.  
¡Miá tú que tratar así  
á un pobre animal casero  
y amarrarlo pa cubrirlo,  
contrariando sus deseos  
y lo que es propio y del caso

meterse él á disponerlo  
de esa manera tan sucia,  
es repuznante y es feo!  
—¿Te convences ahora?

—Sí,

natural, que me convenzo.  
—¿Sabes tú lo que te digo?  
que no se queda riyendo,  
ni tan tranquilo porque  
se acuerda de mí ú reniego  
de mi casta. En cuanto pase  
tocando el pito Silverio,  
le llamo; le cuento el caso;  
busco al Eloy al momento  
y hago que Silverio aztúe  
y que le corte los vuelos  
pa que no haga más burradas  
ni de ese ni de otro género.

---

# **ABUSOS DE CONFIANZA**



## ABUSOS DE CONFIANZA

—Hombre, si no lo contaras  
bajo palabra de honor  
y no supiera yo que eres  
esazto y formal pa tóo,  
ní que me abrieran creía  
lo que hablas de Nicanor.

—Pues lo que oyes.

—Sí que es raro  
y me estraña, por que yo  
lo tenía en un conceto,  
la verdaz, mucho mejor.  
—Si te digo que á tóo el mundo  
le ha llamao la atención  
y eso que la metá iznora

cómo el suceso ocurrió.

—¿Y hubo bronca?

—¡Que si hubo!

La bronca fué de pistón.

El hecho es que la Remigia

que es una bestia mayor

que todas le cuelan, hizo

una burrá. Le contó

lo del hurto á Sinforiano

que es sufrido y bonachón

y aguanta y resiste aciones

denigrantes, pero no

hasta azmetir que le hagan

una ación como esa ación.

—Se comprende.

—Si hoy en día

no hay tanto así de pudor

y están las más que te quedas

atontao de lo que son.

—Yó á la Remigia la trato

con entimidaz.

—Y yó;

por que á su albergue se puede

ir con libertaz y con

la confianza que es propia  
de amigos. Pero el gachó  
después que hizo la vesita  
tuvo la mala intención  
de llevarse aquellas prendas  
y de guardarse el reló  
de Sinforiano que estaba  
encima del velador.

—¡Se nesecita descaró!

—¡Y ser osao!

—¡Y ladrón!

—Sinforiano lo decía  
después del hecho. *Yó no  
me pongo en cosas pequeñas  
ni me llama la atención  
que cuatro amigos me honren  
el hogar no estando yó  
pasando un rato en compañía  
de la Remigia, al tenor  
del que él pasara, que el caso  
está bien y es de cajón;  
pero guardarse una halaja  
que de lance me costó  
diez pesetas por tratarse*

*de un remontoire mejor  
que otros muchos y ponerse  
de intento mi pantalón,  
eso ya no se lo azmito  
á denguno.*

—¿Y qué pasó?

—Pues verás; que al otro día  
Sinforiano, con razón,  
vá y lo busca; lo tropieza  
que estaba tomando el sol  
en la acera de su calle,  
y al verlo, no reparó  
en cosa alguna; se arranca  
pa él con la misma intención  
que un miura y le dá una  
manguzá que lo hizo flor.  
El Nicanor que le increpa  
y le suelta una espresión  
alusiva á ciertas cosas  
respetives al honor;  
y el otro que se repite  
con un tortazo ú con dos.  
La gente que se congregla;  
la pareja que acudió

y al uno y al otro juntos  
se los lleva el ispeztor  
á la *delega* por causa  
de ocurrir la alteración.  
—Pues si que fué una trigeria.  
—Despues hubo otra pior,  
por que estando en esto, viene  
en su busca la *Patrón*  
que en cuanto que se cabrea  
jel desmiguen! Se enteró  
de que Nicanor vesita  
y es miembro de la reunión  
de la Remigia á quien tiene  
una odosidaz atroz  
y después de que la puso  
de estandarte y la insultó  
con las frases ú epitetos  
que guarda en su colección,  
vá á su morada derecha;  
mira por el llamador  
que lo tié roto y la oserva  
arreglando un pantalón  
y poniéndole un píazo  
en la parte posterior.

Conque llama; y como estaba  
la otra con la operación  
y tenía entre las manos  
la faena ú la labor  
de aplicar aquella pieza  
á la prenda dicha, echó  
en vez de abrir, una clara  
y espontánea interjección.  
La del Nicanor se abronca;  
le arrea á la puerta una coz;  
se abre aquella; la contempla  
y le dispara un porción  
de azjetivos colorantes;  
se enredan ambas á dos  
y se forma otro tiberio  
de más sinificación.  
Dime tú si es de personas  
delicás, lo que pasó.  
¿Eso es de buena crianza?  
¿Tié un adarme de aprensión  
el hombre que dá motivo  
pa estas cosas, Amador?  
Porque yo y tú, por ejemplo,  
somos dos socios de pró

y hacemos cuanto se puede  
y algo más.

—¡Eso, Ramón!

pero lo hacemos con toda  
la correztituz mayor.

—¿Hemos dao un por si acaso  
algún escándalo?

—Nó.

—¿Se tié queja de nosotros  
por alguna incorrección?

—Ni una tan solo.

—¿Gozamos  
como el que más?

—¡Un horror!

—¿No concurrimos á veces  
á qualisquier diversión,  
sin que entodavía haiga  
que decir que un servidor  
ni tú tampoco, busquemos  
desgustos, bronca ú cuestión?  
Pues así es como se portan  
los hombres que tien valor  
y talento y cercunstancias  
y saben vivir.

—¡Rediós!

que es verdaz tóo eso que dices  
y soy de igual opinión;  
porque pa hacer lo que ha hecho  
el guarro de Nicanor,  
hay que tirar á la calle  
verguenza, decoro y tóo.

—Pues nosotros con la nuestra  
que el móvil es superior  
y hasta luego.

—¿Nos veremos?

—Ya sabes donde.

—Sí.

—¡Adios!

---

# Decadencias.



# Decadencias

—Adios, hombre. ¡Cuánto tiempo  
sin verte por estos sitios!

—Considera que está uno  
sin parar siempre lo mismo  
vegilando toa la noche  
porque es muy grande el destrito  
que ahora tengo y no me deja  
faltar un menuto el dizno  
ispeztor que me ha tocao  
y que me está haciendo cisco.

—¡Aquí sí que dizfrutabas  
lo indecible, Lovigildo!

—Como que con cuatro pasos  
y una mfaja de ejercicio

me corría toa la ronda  
y daba vuelta al recinto:  
que se terciaba tomar  
una copa, ú dos, ú cinco  
y echar un tute arrastrao  
en la taberna del *Vizco*;  
¡pues al instante! y sobraba  
tiempo pa tóo.

—Yo te he visto  
hacer esas y otras cosas  
de más alcance.

—No digo  
que nó, por que se podían  
satisfacer los caprichos  
y aprovechar ciertos lances.  
—Y fueron muchos.

—¡Muchismos!  
Toas las noches de que más  
el dizfrute era efetivo;  
y hoy uno y otro mañana,  
en dos años de servicios  
tuve por estos contornos  
un porción de regocijos.  
—Sí que te sopló la suerte.

—Y además que los amigos  
también hacían lo suyo  
y se portaban finismos.  
¿Te acuerdas tú de aquel sócio  
coloradote y rollizo  
que se hablaba con la Angustias?  
—No caigo.

—Aquel señorito  
que estudiaba tología  
como varias noches dijo.  
—¡Ah! vamos ¿el afeitao?  
—Ese; pues ese mocito  
me dejaba su pareja  
á mi costodia y abrigo  
pa que yó la acompañara  
á su propio domicilio.  
Por cá vez que sucedía  
me daba pa un paquetillo;  
y yó, pues me la fumaba  
la propina y de este estilo  
andaba fuma que fuma  
sin gastar un perro chico.  
—¿Y los bailes que se daban  
mayormente los domingos?

Yá sabes lo que yó y tú  
en ellos nos divertimos.

—Aquellas si que eran fiestas  
de algazara y de jubilo;  
¡mira que acudía gente  
y sobre tóo, mujerío!

Me acuerdo de uno; *El Disloque*  
que era el *tremen* y el delirio.

—¡Qué chotises!

—¡Qué habaneras!

—¡Qué franqueza!

—¡Y qué cariño!

—Como que nadie se andaba  
con dengunos requesitos  
ni se usaban meramientos.

—Era el trato muy castizo.

—Allí en el salón citao  
conocí á la Patrocinio,  
la hija del *Chato* que tié  
la tienda de ultramarinos  
en la esquina.

—¡Buena moza!

—La mujer de más trapío  
que yó me echao á la cara;

¡qué cutis!

—¡Y qué de rizos!

—¡Y qué ojazos!

—¡Y qué talle!

—¡Y qué desniveles físicos!

—Tu te mostrabas con ella  
desigente y espresivo.

—Porque me ponía el seso  
trastornao con sus hechizos.

—Pues yo me las arreglaba  
de costumbre con la Filo,  
la chalequera, que hacía  
fisligranas en su oficio;  
y como por los chalecos  
tú ya sabes que me pirro,  
me tiraba la afición  
al ramo suyo, Basilio.

—También era una morena  
super y de mucho abrigo.

—Y un bibelote; con unas  
curvas de bastante viso.

—¡Yá aquellos tiempos pasaron!

—¿Y ahora qué te haces?

—Yó sigo

como entonces, con la Petra  
ná más.

—Si has dao un cambio

—¡Tibio!

si yo no soy el de antes.

¿No me ves que ando torció

y que no se me endereza

la cabeza pa su sitio?

¿No has notao como estoy?

—¿Y eso de qué?

—Rumatismo.

—Pues no me había fijao;

y es que cuasi no destingo

por que he perdío la vista

desde hace yá un año y pico.

—¡Redios! y como nos pone

la edaz á los endeviduos.

—No es la edaz; son otras cosas

que atacan al organismo:

si vamos á edaz, ahí tiés

un ejemplo: Ceferino,

que sabes que te la dobla

porque tú pues ser su hijo

y lo vés tan diligente

y tan tieso y tan festivo.

—¿Y tú no andas como entonces  
con belenes y con líos?

—Yó me he dao de baja.

—¡Pronto!

—Será así pero no sirvo  
pa ná de este mundo; hace  
no sé cuanto tiempo ¡un siglo!  
que yá ni fumo ni bebo  
ni me bailo ni me animo.

—¿Tranquilidaz?

—Asoluta;

vivo resinao y tranquilo.

—¿Y como has hallao el remedio?

—El remedio es muy sencillo  
y está en la mano. Tú ponte  
á pensar en los peligros  
de la vida agitá. Sabes  
que la diñas á un descuido;  
y verás como á tu solas  
te entregas al pisimismo  
y con esto y con lo otro  
te conformas.

—Pues azmito

tu consejo y se agradece.

—No lo olvides.

—No lo olvidio.

—Adios, porque yá me espera  
mi Jefe en el municipio.

---

# **AMOR AL ARTE**



# AMOR AL ARTE

—¡Pues no tiés tú mucha prisa  
que digamos!

—Considera,  
que son las tres de la tarde  
y estarán en la taberna  
esperándome los socios  
pa echar un rato de juerga.

—¿Qué socios?

—¡Los míos!

—¿Cualos?

—¿Pero es que ahora tú te enteras?

—No sabía que tú andaras  
en negocios.

—¿No? ¡Friolera!

Pues hace ya algunos meses  
que Julian el de la Usebia;  
Luciano el *Pelos* y el *Zurdo*  
que es el que tiene las perras,  
estamos costituídos,  
ú asociados, como quieras,  
pa dar bailes y dar otras  
*varietés* si se presenta;  
y tenemos contratadas  
unas artistas que trepan  
por lo *barbianas*, lo *monas*,  
lo *desahogás* y *ecetéra*.  
—¿Y cómo marcha el negocio?  
—El negocio vá de perlas,  
porque perderse, se pierden  
fácilmente las pesetas;  
pero lo que es divertirnos  
nos divertimos de veras.  
Comenzó el asunto á istancias  
del *Zurdo*, que se calienta  
más fácilmente y más pronto  
que dos onzas de manteca  
y en cuanto que vé á una artista  
que se baila y se jalea,

yá está el gachó tiritando  
y sin sentirlo, se cuela.  
Pues la cosa es que una noche  
fuimos á ver *Las estrellas*,  
á *Price*, los cuatro juntos  
y tomamos delanteras,  
por mor de las aficiones,  
y de otras cosas secretas.  
Estaba la *Chicharito*  
luciendo sus piruetas;  
se encapricha, la saluda  
el *Zurdo*, al salir de escena,  
y en el azto nos convida  
á todos, incluso á ella  
y al *Desmayao*, que es el dueño  
mayormente de la prenda.  
Después de un convite, otro;  
y después de otro, cuarenta;  
y venga amistad y afezto  
y vayan ponches y cenas,  
hasta que el barbian, pensando  
como llegar á la meta,  
idea formar con todos  
los cuatro amigos, empresa

pa dar estos espetáculos  
que estamos dando.

—¡Qué idea,  
tan *super* y tan profunda,  
tan bien pensada y tan buena!  
—Si es que tiene ese una vista  
y un *quinqué*, que no se queda  
sin conseguir lo que quiere.  
Con que al punto se lo cuenta  
al *Desmayao* y lo empapa  
del pensamiento; lo aceta;  
se ponen de acuerdo; estudian  
las condiciones primeras  
y prencipiamos los cuatro  
á movernos en toa regla.  
Total; que al día siguiente  
sale el *Desmayao* pa fuera  
á reclutar las artistas  
del cuadro y yó tan y mientras  
arreglando otros detalles  
respetives á la hacienda  
porque el *Zurdo* dió pa todas  
las nesecidades nuestras.  
—¿Y la endevidua?

—¡Pues, hombre,  
tan campechanota y fresca!  
E ntusiasmá del proyeto  
y decidía y contenta,  
poniendo sus facultades  
al servicio de la empresa.  
Vino como es natural  
su hermano el *Curita* y entra  
á formar en la comparsa;  
y pa que no se creyera,  
que estaba la *Chicharito*  
por un por si acaso, huérfana,  
también se trajo la madre  
que es una madre completa  
con todas las de la ley  
por lo francota y lo tierna.  
El caso es que cuando sale  
de turné el esposo (y esa  
es una cosa que ocurre  
semanalmente), tropieza  
el *Zurdo* con que no puede  
con libertaz ir á verla  
pa ensayarle las posturas  
del baile y otras lindezas,

que son del caso pa el arte  
que luego se representa,  
porque el *Curita* le estorba.

—¿Y por qué?

—¿Porque es un pelma  
que se ha de meter en todo  
y es claro, les estropea  
el trabajo mayormente,  
tan sólo con su presencia?

—¿Qué haceis entonces?

—Hacemos,

lo propio y que cualisquiera  
haría en un semejante  
caso de delicadeza.

Organizamos *turneses*  
con su poco de merienda  
y nos vamos el Julian,  
Luciano y yó hácia *Las Ventas*;  
invitamos al *Curita*  
que por una coincidencia  
es la mar de aficionao  
á descursiones de estas,  
y mientras los cuatro echamos  
un rato de broma, ella,

la *Chicharito* y el *Zurdo*  
tranquilamente se encierran;  
ensayan los cuadros nuevos,  
porque sabes que maneja  
él la guitarra de un modo  
superior y también echan  
su rato, dale que dale,  
con motivos de la pieza  
del *Zurdo* que él ha compuesto  
expresamente y se esmera  
la *Chicharito*, por causa  
de trabajar más con ella  
que con otra y que se luzga  
el autor ¡porque tú piensa  
la lástima que sería  
que después no se luciera!  
—¿Y la madre de ella, tiene  
algún papel?

—Representa  
el suyo; el que es obligao;  
y lo hace tan de primera  
que en cuanto llega la hora  
del ensayo y él comienza  
los preludios naturales

y lo siente que puntea,  
se queda en la *chanse longe*  
durmiéndose á pierna suelta.

—Pues te felicito, *Curro*.

—Muchismas gracias, *Culebra*.

—¿Y ahora vas al lance?

—Al lance.

—Pues, hombre, que te diviertas.

—No te invito porque es cosa  
especial, con que dispensa  
y adios que voy retrasao.

—Pues duro y á la cabeza;  
que sea pa bien y que á todos  
sus guíe la Madalena.

---

# VELADA INTIMA



## VELADA INTIMA

—Anoche te ví ya tarde  
y por cierto que ibas solo.

—¿Donde estabas tú?

—En la puerta

de la taberna del *Lobo*  
que fuí con unos amigos  
á tomarnos unos sorbos  
de molapia tan y mientras  
hablábamos de un negocio.

—No sería muy á deshora;  
porque yo salí á las ocho  
de mi domicilio; estuve  
un rato con Ildefonso  
dando unas vueltas; lleguemos

á vesitar la Socorro,  
que está que ya no le cabe  
porque le ha tocao el gordo  
y pasemos allí un rato  
de chipen y de alborozo  
á causa de hallarse algunas  
amigas en el jolgorio.  
Bailemos unos chotises  
la mar de volutuosos  
y nos osequió la dueña  
con varias de las del *Mono*;  
y cuando más engolfao  
estaba yo y más alsorto  
contemplando los perfiles,  
las curvas y los contornos  
de una joven pelinegra  
con dos luceros por ojos,  
ondulante, muy bonita  
y muy bien puesta del dorso  
y la estaba interviv ando  
sobre de esto y de lo otro,  
me dan ganas de fijarme  
en la reunión. Con que noto  
ue Ildefonso no se hallaba

allí presente. Interrogo  
por su persona; lo llamo;  
no responde; y receloso  
de que hubiera efeztuao  
algo irregular ú impropio  
porque él es capaz, me voy  
pa el interior y me pongo  
á registrar los rincones  
de la casa con un fósforo.

—¿Y lo hallastes?

—Escondío.

—¿En dónde?

—En el iniodoro.

—¡Vamos, comprendo!

—¡Cá, hombre!

estaba allí, sudoroso  
y sofocao con unas  
angustias y unos trastornos  
que no tenía ni alientos  
pa responder. Lo coloco  
boca abajo y emprencipia  
á dar coces como un potro  
y quejarse y lanzar gritos  
y le dió como un ahogo.

Acuden las envitás  
con el natural zozobro  
y al ver aquella faena  
se forma un lío espantoso.  
Lo llevemos á una cama  
y yó lo desabotono;  
se queda inmóvil; hacemos  
mútis pa fuera y él solo  
comienza á largar los gases  
que alojaba en el estómago.  
Y mientras se le pasaba  
la *trúpita*, me dispongo  
á renudar el palique  
con aquél sol luminoso.  
—Y á tóo esto, me feguardo  
que pasó un rato.

—Muy corto.

—Bueno sigue; ya veremos.  
—La invito á bailar y logro  
que acete; yo me entusiasmo  
por su estilo; me desbordo  
y le digo dos ternezas  
y le largo dos piropos.  
Nos sentemos; se apercibe

por mí mismo de que toco  
el acordeón y canto  
de barítono, aunque sordo;  
conque se empeña en que toque  
algo de gusto y le cojo  
el istrumento al que estaba  
ejecutando; me entono  
y largo tóos los cupleses  
que tengo en el repertorio.  
Se entusiasman las señoras;  
sube la alegría al colmo  
y yo sin darme ya cuenta  
venga tocar. Paro y oigo  
que una dice de repente:  
*tóquenos usté el morrongo.*  
Y cuando lo estaba haciendo  
con el natural adorno  
viendo como lo bailaba  
la que lo pidió, Ildefonso  
que se presenta y me dice:  
*ú nos vamos ú te rompo  
el istrumento de un golpe  
¡leñe! que me tiés ya sordo.*  
Vuelvo la vista y oservo

con el consiguiente asombro  
que se salió de la alcoba  
igual que estaba de flojo.  
Conque prencipian las chufas  
y el cachondeo; me abronco  
y ahuecamos porque estaba  
pa que me dieran el ósleo.  
Salimos de allí corriendo  
y ya en la calle me pongo  
á hacerle las reflesiones  
que eran del caso; y él, como  
se encontraba trastornao  
y en estado cuasi alcólico  
me suelta una vaciedad  
y me lastima en el rostro.  
Yo en consecuencia con otra  
caricia le correspondo;  
se cae al suelo graznando;  
me aprovecho y en un soplo  
me alejo de allí, que fué  
cuando me vistes. Supongo  
que sería poco más  
de los doce.

—No respondo

---

con esaztituz de la hora;  
pero mira Telesforo  
que ibas de prisa.

—¡Mecachis!

iba de prisa, Gregorio,  
porque ya me se salfa  
la bilis por tóos los poros.

---



# TIPO MODELO



# TIPO MODELO

—¡Que no te pongas pesao  
porque es que tiés unas chanzas  
de mal gusto y muchas veces  
sueltas algunas gansadas  
que no sé como las sufren  
los que te escuchan!

—Tú hablas  
de esa manera porque  
le tiés envidia y te acharas  
en cuanto que ves que alguno  
celebra las elegancias  
ú las finuras que adornan  
á Bernabé *Churripampas*,  
porque á postín y á presencia

y á saber hablar con gracia  
no hay quien le llegue, Olegario;  
que alterna con tóos y marca  
con más propiedaz que el verbo  
y dice ciertas palabras  
que no están en el idioma  
de la lengua castellana,  
porque las inventa él mismo  
y son suyas y muy raras.

—Como que esas las aprende  
de ciertas gentes que trata  
y que le enseñan la lengua  
bien de Londres ú de Francia.

—¡No disparates!

—Me creo,  
que eres tú quien disparatas,  
porque siempre le estás dando  
á Bernabé una importancia  
que paece, meramente,  
que pa el efezto te paga.

—¡Olegario, no me ofendas  
y no digas más burradas  
que yó hablo así porque tengo  
mis razones que son varias!

¿Por un casual, conoces  
ú más bien tiés confianza  
con el señor *Salomón*?

—¿Quién es ese?

—El que contrata  
artistas pa el hospedaje  
de su primo Hilario el *Rana*.

—Sí que le conozgo.

—Bueno;  
pues tócale unas mías  
al asunto y que te casque  
tóo lo que sabe.

—Ese casca  
lo suyo y lo ageno, tanto  
como tú. Si no me estraña  
porque es que tú y ese vais  
á verle por las mañanas  
y sos dé cualisquier cosa,  
pongo por caso, una cuarta  
de kilo pa los bisteses  
que sos coméis de guayaba.

—¡Eh! poco á poco Olegario;  
ya estás tirando las patas  
por encima de los lomos

y te van á costar caras  
todas las barbaridaes  
que estás blasfemiando.

—¡Calla

y no adules de ese modo  
á Bernabé *Churripampas!*  
—¡Mecachis! ¿pero es que tiés  
destornillá la encefálica?  
¿Es que dudas ú te ocecas  
en negar, que donde vaya  
el *Príncipe Don Gualberto*  
vá él si quiere y lo suplantá?  
¿No viste como un mirlóde?  
y halajarse ¿no se halarja  
con rubises como el puño,  
con anillos de tumbagas,  
y trages de fegurines,  
y sombreros y corbatas  
de caprichos modernistas  
que trastornan y embriagüan  
á las hembras que lo miran  
cayéndoseles la baba  
y con los ojos en blanco  
y humedecidas de lágrimas,

como diciendo *pa il mientis*  
«ese es un tío con lábia  
con salero y con riñones  
con postin y cercunstancias?»

¿No gasta en perfumería  
de *opoponas* y otras marcas,  
más que yo y tú en aguardiente,  
cacagüeses y castañas?

¿No es verdaz esto Olegario?

—Pero hombre si es que te chalas  
y vés las cosas de un bulto  
que no las vé nadie

—¡Vaya!

¿dices tú que nó? Pues oye  
lo que pasó con la Paca,  
la que cantaba los tangos  
y que tan bien se bailaba  
la *marchicha* y el *morrongo*  
y algunas otras monadas.

El Bernabé la tenía  
puestos los ojos y nada;  
le hablaba en finoso, cero;  
le decía dos palabras  
de doble sentido ú algo

de mucha intención; ni agua.  
Conque un día vá y ¡qué hace!  
lo piensa bien; se dispara;  
y pa aturdira de un golpe  
de esos que asombran ú pasman,  
sale; se vá pa el mercao  
vestido de toda gala  
y le manda dos riñones  
y la lengua.

—¿Y qué?

—Pues nada;

que dió aquello más que hablar  
y tuvo una resonancia  
entre todas las del gremio,  
que apenas él se asomaba  
se sonrefan de gusto  
con cierta sinificancia.

—¿Y ella qué hizo?

—Pues hizo

lo que es propio; dar las gracias;  
quedarse con la fineza;  
poner la lengua escarlata,  
y los riñones...

—¡Pa el gato!

—No, los riñones con salsa.

Pero el cartel que tomó  
el gachó con esa hazaña,  
ya lo quisieran pa sí  
muchos de la aristocracia.  
Por cierto, que ahora se vá  
á Roma á hablar con el Papa.

—¿Es peregrino también?

—No, que le han dicho que vaya  
pa arreglar ciertos asuntos  
de mucho interés. El trata  
de arrendar la letanía  
pa su usufruto por causa  
de que tóos aquellos nombres  
de vírgenes y de santas  
los quiere pa él solo.

—Y hace  
muy rebien; esa es la marcha;  
porque con tantos adornos  
y con tantas butibambas  
y luciendo tóo esas cosas  
que tú eruztas y tú cascas  
y aunque le ofrezga la lengua  
ú los riñones al barba

y vista bien y presuma,  
siempre será el *Churripampas*.

—¡Tú no distingues de eso!

—Yó sé lo que digo.

—¡Pata!

—Esos son infundios tuyos.

—Pues verás como la cantas.

—¡Lo veremos!

—¡Lo veremos!

—¡Concho! que siento ya náusias  
de oírte hablar de esa manera,  
de un tipo tan sin crianza.

—¡Adios tú, bien educao!

—¡Maldita sea tu estampa!

# **IMPREVISIONES**



## IMPREVISIONES

—Camará ¿qué te ha pasao?

—¿A mí?

—¡Pues claro que á tí!

—No sé por qué me preguntas.

—Pues me estraña, Serafin,  
que te presentes del modo  
que te presentas aquí.

—¡Bueno, déjame!

—No quiero  
porque me tiés que decir  
lo que te ha ocurrido.

—Nada.

—¿Nada? ¿Y cómo vas así?

—¿Cómo voy?

—Pues tóo vendao,  
hecha polvo la nariz  
y con un olor á fénica  
que no se pué resistir.  
—¡Que me he caido!

—¡Mentira!

—¡Palabra!

—¡Que nó!

—¡Que sí!

—¡Eso no es verdaz! ¿Tú piensas  
que yo te puedo azmitir  
que te vengas con infundios  
y con líos? ¿Crees que á mí,  
se me engaña fácilmente  
como á un pollo de perdiz?  
—¡Pero que pesao te pones!  
—¡Rediez! ¿Se puede sufrir  
que á un hombre de mi esperencia  
que ha tenío más de mil  
cosas de estas y ha pasao  
á veces la de caín,  
se le desfegure un hecho  
ú iznore á qué atrebuir  
el origen ú la causa

de que te encuentres así?

—¡Miá tú que te pones terco!

—Es que yo siento un sin fin  
que no hables claro á un amigo  
como yo.

—¿Vás á salir  
contando lo que te diga  
confidencial?

—¡No seas ruín,  
que me ofendes, con que pienses  
de esa manera de mí!

—¿Vá en secreto?

—Vá en secreto.

—Pues te lo diré Juaquín.

¿Tú conoces la Jesualda?

—¿Una que se fué á servir  
casa del señor Donato  
y luego salió de allí  
y trabajaba en su casa  
en ropa blanca?

—Esa, sí.

—La conozgo.

—¡Sabes que es  
un ajemplar mujeril!

—De primera.

—Pues estoy  
prendao desde que la ví.

—Se comprende.

—La seguía  
por tóos laos sin conseguir,  
ni hablarle una vez siquiera  
ni mostrarle tanto así,  
ni decirla mi entusiasmo  
que no es un grano de anís.  
Conque ayer por la mañana  
me la veo de salir  
de su domecilio al tiempo  
que pasaba yó. Sufrí  
una impresión dislocante;  
me voy tras de ella en un tris  
y me acerco; la saludo;  
me mira; me hace un mohín  
lleno de gracia; la digo  
con regocijo infantil  
tóo lo del caso; la ofrezgo  
mi amistaz y un potosí  
de cariño y de ternura  
y ella dándose postín

dice que está en relaciones  
con otro; vuelvo á ensestir  
y le aclaro mi deseo  
con arranque varonil.  
Ella se ablanda y me deja  
que le espese el frenesí  
que siento por sus hechuras  
de arcángel ú querubín;  
la insinúo mi proyeto  
de osequiarla y azquirir  
dos mantones de Manila:  
un verde y un carmesí;  
y en esto y cuando la veo  
convencida, y al decir  
*¡Olé tu cara de gloria  
y tu frente y tu perfil  
y bendita sea tu madre  
y viva tu gracia y....*  
siento una lluvia de palos  
sobre mi cuerpo infeliz;  
y así que pude valirme  
y separarme y huir,  
veo que un gachó me atizaba  
con una furia incivil

y me decía *¡So méndigo!*  
*¡So sinvergüenza! ¡Lombriz!*  
*acérquese cuando guste*  
*y vuelva usted á repetir,*  
*comprometiendo á una hembra*  
*que es de mangue ¡So adoquín!*  
Voy á replicar y arrea  
con otra tanda y yo sin  
poder quitarme los golpes  
del tío salvaje y vil.  
—¿Y ella entre tanto?

—Ella estaba

como tu pués presumir;  
achicá del tío y tratando  
de cortar aquel *joyín*.  
Por último, que me encierro  
en un portal y al sentir  
el alboroto se abre  
la puerta interior y ¡pin!  
me atizan otro tortazo  
por detrás. Estuvo el quiz  
que me tomó el inquilino  
por uno que es albañil  
y lo está siempre acechando

pa cuando lo vé salir,  
entrar él á entrevistarse  
según me esplicaba á mí,  
con una que es la nodriza  
que amamanta á un chiquitín.

Vienen las aclaraciones;  
me saca agarrao de allí  
el habitante yá dicho  
y me lleva á un botiquín  
que hay cercano pa curarme  
tóo el cuerpo que era un rubí.

—Pero hombre ¿á quien se le ocurre  
el querer sustituir  
en la metá de la calle  
y darla de parlanchín?

—¿Y qué tié de malo eso?

—¡Pues míralo!

—Yo creí,  
que estaba libre ó en caso  
que no iba el otro á surgir  
como surgió.

—Si es que obras  
en tóo de un modo pueril.

¿Qué iba sola? Te previenes;

la sigues hasta el confín  
sin acercarte ni hacerla  
manifestación hostil;  
y cuando la vés que para,  
porque eso tié que ocurrir,  
te informas donde penetra  
y si el lugar te hace á tí  
ú es de confianza tuya  
ú es del caso, pués pedir  
el favor de entrar á hablarla;  
y yá dentro, Serafín,  
desengáñate, no existe  
deficultaz pa azquirir  
la satisfacción completa  
de tu pensamiento, sin  
que te suceda ese chasco  
que acabas de referir.  
—Tiés razón.

—Pero asoluta.

—Es que no lo precaví  
por aquello de que estaba  
cuasi en estado febril  
y yo en cuanto que me escíto  
no me puedo resistir,

ni razocino ni pienso  
acorde con el magín.

—Pues yá sabes pa otra vez  
como tienes que cubrir  
las apariencias y obrar  
con talento y dar barniz  
á los aztos primordiales  
y hasta tu aztituz viril.

—Se estiman las azvertencias  
y no volverá á ocurrir  
por que ha sido doloroso  
y aplastante el berrenchin.



# UN FRESCO



## UN FRESCO

—¿Ese? Tu iznoras entonces  
quien es ese ciudadano.

—Yo le conozgo hace poco.

—Pues por eso no me extraño  
que digas de él ciertas cosas  
y celebres más de cuatro  
aciones suyas de efezto  
por aquello de que á ratos  
paece que es algún ministro  
concejal ú deputao.

Yo le conocí en la epóca  
de su latancia ú sea cuando  
andaba con los calzones  
zurcíos y remendaos

y los calcetines rotos  
y sonriente el calzao.  
En su oficio era un mosquito  
y no se'le hacía caso  
ni lo miraban al rostro  
y era un ser muy desgraciao;  
mira si lo era, talmente,  
y si esto es verdaz, Nicasio,  
que en algunas ocasiones  
y cuando pasaba al lao  
de las gentes que distinguen  
le decían sin mirarlo:

*«quítese usted de delante  
porque nos está estorbando».*

—Pues no representa ahora  
na de eso.

—¡Si está cambiao,  
como te digo! por causa  
de que el gachó dió en el flaco  
de la chulapona aquella  
que moraba en nuestro barrio  
y que á tí te costa cualas  
eran sus prendas y cualos  
los negocios que tenía

frecuentemente entre manos.

— Sí que sé quien es; la Rita,  
la prendera de más garbo  
de tóos aquellos contornos.

— Esa, bueno; pues el *Gato*  
topó con ella hace tiempo;  
le hizo dos ú tres trabajos  
que por lo que me feguardo  
le fueron muy de su agrado  
y ya tiés que vá; lo acoje;  
lo ampara; le dá la mano  
y acaba por estrecharle  
pa sí con tóo el entusiasmo  
que si mesmamente fuera  
el Netuzno ú el Dios Baco.

— ¡Camará, sí que me choca!

— ¿No ha de chocarte? Si hay casos  
que no se esplican y este  
es muy caprichoso y raro.

— ¿Y dices que sus prencipios  
fueron bajos?

— Sí, muy bajos.

¿No te he dicho yá que estaba  
por los suelos y mirao

como un ser trivial y ayezto  
 y á la altura de un zapato?  
 Vivía mancomún y á espensas  
 del *Cartujo* que es hermano  
 de su conyugüe y hacía  
 tóo lo usual y del caso  
 pa la mantención, sufriendo  
 las negras hasta el hallazgo  
 de la que le suple tóo  
 cuanto él nesecita.

—Vamos,  
 que ya serán cosas tuyas  
 porque me estoy fegurando  
 que tú no estás muy á buenas  
 con él, según veo.

—¡Pa chasco!  
 El que yo sea amigo suyo  
 y le trate, que le trato  
 con entimidaz, no osta  
 ni tié que ver pa que hablando  
 con la verdaz por delante  
 diga quien es ese majo  
 que usa tal prosapopeya  
 y vive na más del flato,

porque la otra lo soporta  
y le costea los gastos  
haciendo con él delirios  
como estos que te relato.  
—¡Algo pondrá de su parte  
él con ella!

—No seas cándido,  
ni enuncies esas palabras  
que no es la cosa pa tanto.  
¿Tú conoces que en su clase  
y en su oficio pué hacer algo  
que merezca recompensas  
como las que está chupando?  
Si él la sirve algunas veces  
y está con ella ocupao,  
bien haciéndole una mesa  
ú componiendo un lavabo,  
una consola ú poniendo  
los espejos y los cuadros;  
si se sube ú si se baja  
á la buhardilla los trastos  
y le pinta ciertas cosas  
y ejecuta sus encargos,  
no es motivo pa ese apoyo

ni razón pa esos escándalos.

—Sí que atinas con la idea.

—¡Vaya si atino!

—Y tú, Inacio

que sé lo que la entimidaz,

¿por qué no la dices algo?

—¡Ni que lo pienses! y luego

que yó soy muy refratario

á mezclarme en ciertas cosas

que son propias de entreambos

y salir con la cabeza

caliente y los pies helaos.

Y pa que tu te asegures

te diré, porque soy franco,

que hace poco quise hacerlo

y me quedé chasqueao.

Estaba yó la otra noche

en la puerta de Ciriaco

hablando de los desgustos

que le están proporcionando

la Efigenia y Lovigildo

con entrevistarse aislaos,

cuando en esto que aparecen

por la esquina los dos pájaros:

él con gaban y con bimba;  
y ella con tóo el aparato  
de sus muchos desniveles  
y de sus ojos gitanos.  
Pasan; saludan; les digo  
dos cosas; acorta el paso;  
me mira; y con ese aspeyto  
que acostumbra en tóos los casos  
dice con tono solezne  
profundo y acampanao:  
*«Poquitas chungas con esta  
señora, porque no aguanto  
ni tanto así en lo tocante  
con el natural recato».*

—¿Y tú que hicistes?

—Al pronto

pensé atizarle un tortazo  
y llamarle cuatro cosas  
pero en esto vá Ciriaco,  
que es sufrido y se resina  
con más paciencia que un santo,  
y al mirarme que ya estaba  
cuasi con la mano en alto,  
me la coje y me la aprieta

diciéndome «*no seas bárbaro  
que no merece ese bruto  
que te la ensucies, Inacio*».  
Conque se fueron y mientras  
que estábamos desputando,  
la Efigenia que se sale  
y que se pone en el tranco  
con el abandono que usa  
á veces pa el vestuario.  
Quedo de muestra; la miro  
con los ojos entornaos  
sin acción ni pa moverme  
ni pa despegar los lábios.  
Se entera de la ocurrencia  
y pa quitarme el espasmo  
que me notó en el semblante,  
saca del bolsillo un frasco  
de esencia; vá, me lo enfoca  
y me puso chorreando.  
Conque vuelvo en mí; le doy  
las gracias y disparao  
me encamino á hablar con Rita  
que vive allí cerca; la hallo  
que estaba sola; la llevo

---

pa el interior de su cuarto  
y tengo una conferencia  
con ella.

—¿Y qué?

—¡Na!

—Lo extraño.

—Que no pude convencerla  
y eso que estuve pesao  
pa encajarle el argumento  
y que la entré recargando.

—¿De manera que no hay modo  
de hacerle ver que ese guarro  
vive de lo que ella tiene,  
y á más que la está explotando?  
—¡Ya lo ves!

— Pues pior pa ella.

—Si es lo que digo, Nicasio:  
que hay hombres tan repuznantes  
tan frescos y desahogaos  
que se rebajan á un punto  
que te dá vergüenza y asco.

—Pues que le aproveche y goce  
de la suerte que ha lograo.

---



# ENTRE BASTIDORES



## ENTRE BASTIDORES

—¿Y sigues en el teatro?

—Sí que sigo.

—¿En *Las Delicias*?

—En el mismo.

—¿Y cómo andas  
con la empresa?

—Ya hace días  
que me cumple esaztamente  
porque el negocio se anima.

—¿Y el público?

—¡De primera!  
á mí lo que me fastidia  
es que cuando acaba el azto  
se vienen tóos hácia arriba

y el escenario se llena  
de curiosos y de lilas,  
que estorban las maniobras  
porque se ponen encima  
pa asomarse á tóos los cuartos  
y esaminar las artistas;  
lo cual que no pués correr  
los trastos ní las cortinas  
con el desahogo propio  
ní la prontituz debida.

Que descuelgas los telones  
ú que un bastidor arrimas;  
le das un trastazo á alguno  
y tiés la bronca enseguida.

—Pues sí que eso es un fastidio.

—Y una molestia grandisma.

—No dejar que entren.

—Inútil.

—¿Por qué causa?

—Muy sencilla:

porque la empresa, en tal caso  
dice que se perjudica:  
¡yá ves tú! como que muchos  
pagan por la golosina

de ir al escenario en busca  
de visual y conquistas.

—Tú sabrás de algunas de ellas.

—¡Una multitud!

—Se esplica.

—Y las hay que te sonrojas  
si las vés.

—Serán castizas.

—¡De alivien! pero es que deben  
veglar y no vegilan:

como se queda tóo aquello  
de un azto al otro en neblinas  
porque se procura que haiga  
equidaz y economía,  
á lo mejor te trompiezas  
con una pareja íntima  
y tiés que echar pa otro lao  
ú hacer como que no miras.  
Anoche mismo, en ná estuvo,  
que pasara una averfa  
con el ispeztor de carnes  
que es un tfo que se pirra  
por foncionar y que gasta  
sus mfajas de malicia.

Se estaba representando  
con la cuarta, la *Gatita*  
y él se puso tras del foro  
hablando con Rosalía  
la del lunar; una rubia  
joven, bien plantá, bonita;  
una escoltura de cuerpo  
y una cara que fascinia.  
La toca salir; la llaman;  
la muchacha se descuida  
porque el señor Isidoro  
según se vió, la tenía  
sugestioná con su charla  
y con sus cosas; le avisan  
segunda vez; y ella muda,  
impasible y tan tranquila  
como si no le importara  
lo que se le vino encima.  
—¿Qué pasó entonces?

—¡Carcula!

la primera tontería;  
que ocurrió aquello que era  
del caso.

—¿Qué fué?

—¡Una grita  
menumental!

—Se comprende.

—Como que la cosa es fija:  
pues que se para la escena;  
el público, que se indizna;  
empieza el meneo y sigue  
sugestioná la endevidua.  
Se arma el escándalo dentro;  
la sacan y se la olvidia  
el papel; se calla; y uno  
que estaba en primera fila  
dice *¡fuera!*; sigüen otros  
dando la voz suversiva  
y la hacen que se retire  
más colorá que una guinda.  
Se vá pa su cuarto y nota  
cuando al espejo se mira,  
que tié el semblante tiznao  
y muy sucio tóo.

—Sería  
del berrinche ú la vergüenza  
que pasó.

—¡Cá! No adivinas

de qué se le puso el cutis  
de aquel modo.

—Dilo, Elías.

—Pues que ella estaba debajo  
de dos ú tres bambalinas  
y al moverlas los que andaban  
maniobrando por encima,  
le echaron el polvo ¡leñe!  
y la pusieron perdía.

Conque ya veś los sucesos  
que pasan y las combinas,  
que se traen ciertos amigos  
pa hacer esas irnominias.

—¿Y tú te aprovechas de algo?

—¡Si no pué ser!

—No me dígas  
que un hombre de tus hechuras;  
con práztica positiva;  
con trasteo y mano izquierda  
y en contazgo con las divas,  
no se busca en ocasiones  
si á mano viene la vida.

—¡Hombre, Nemesio, te voy  
á hablar muy claro!

—Se estima.

—Pues verás: yo era el *Non plus*  
pa estas cosas sugetivas;  
y es natural; ¡me encontraba  
encima siempre! Muchismas  
contratás, como era propio  
del caso, me repelian;  
pero otras libres ú sea  
sin la ligazón precisa,  
de estar sujetas en esto  
ú en aquello, me azmetían  
mis servicios preferentes  
y se portaban finismas.  
Unas me hacían osequios;  
otras, las más, me decían  
con dulzura y con agrado  
muy complacientes y diznas:  
*maestro, vaya pa el puro,*  
*ú compre una cajetilla;*  
y despues de algún trabajo  
me largaban la propina:  
y hasta fuera del teatro,  
en sus casas respetivas,  
estaba siempre ocupao

con cualquier chapucilla.  
¡De la maquinaria yo era  
el predileto!

—Tendrás  
un trabajo que ni el barba.  
—¡Natural! Eran continas;  
como que perdí las carnes  
y me quedé hasta sin guías.  
—¿Y cómo fué el que dejaras  
aquella marcha?

—Prencipia,  
porque tengo el organismo  
desde entonces hecho trizas  
y que ahora tóo lo corpóreo  
al momento me fatiga:  
así, que yá me reservo  
y el trabajo me lastima.  
—Eso si que es triste.

—Aparte  
de otra razón.

—Hombre, dila.  
—Pues que tuve una muy gorda  
una vez con una chica  
que trabajaba en los coros

de señoras y que hacía  
figuras de poteósis  
y otras muchas monerías  
del desnudo, porque era  
de una esbeltituz devina.  
Bueno; fué que yó á la Encarna  
la servía de rodillas  
y la daba tóos los gustos  
porque era buena y castiza.  
Conque un día vá y me dice  
con mucho cariño «*mira  
que te espero por mi casa  
pa que echemos una brisca*».  
Acabo el trabajo; llego;  
me abre la puerta; me mira  
y me hace señas que salga;  
alzo la voz, ella grita  
y asoma un gachó con una  
estaca así; vá; me trinca  
y me dió una celpa super  
que me rompió tres costillas.  
—¿Y quien era?

—Pues un primo  
que llegó la tarde misma

y que sorprendió á la otra  
que iznoraba que venía.

—¿De modo que desde entonces  
no has vuelto á tener amigas  
del coro?

—¡Ni de otra clase!

—Pues haces bien.

—Tú imagina  
que me corté la coleta  
*por seculoron.*

—¡Atiza!

---

# **VENIRSE A RAZONES**



## VENIRSE A RAZONES

—No prencipies con excusas  
porque no te las aceto,  
ni pienses que soy tan lila  
que vas á meterme el dedo  
en la boca, sin que note  
que me lo has metido, Ugenio.

—Enrepara lo que dices;  
mira Isidora que vengo  
con la sangre enardecía  
y tóo lo que te refiero  
es verdaz y positivo  
porque mentir, yo no miento.

—Pero si es que me tiés harta  
y aburría por completo

con esas cosas que cuentas  
cada vez que vienes ébrido;  
y si fuera ébrido solo  
sin otros motivos, bueno.  
Si es que á más que me repuzna  
verte así y estarte oliendo,  
por causa de que te arrimas  
demasiao, sin saberlo,  
me dás asco por razones  
que no quiero emetir.

—Eso

que tú dices son infundios  
y faltas al evangelio,  
desde el honrar padre y madre  
inclusives, hasta el sexto.  
Yo vengo de estar un rato  
con el *Calandria* y el *Ciervo*  
tratando sobre el asunto  
que ya sabes, de mi empleo;  
y pa probar lo que digo,  
dentro de poco has de verlo  
como me pongo la insirnia  
de autoridaz.

—¿Tú?

—Yó.

—Bueno;

será cosa de asustarse  
si te vas á hacer del cuerpo  
de policía y te cuelgas  
el respetive armamento;  
¡por más que verte yo armao,  
ni por estas, que lo espero!  
Pero no gastes conmigo  
ni chufas ni pitorreos  
porque eres un sinvergüenza  
y un morral y un chulo viejo,  
que me se antoja que estás  
derrochando tóo tu tiempo.  
—Lo que tú tienes son ganas  
de camorra.

—Lo que tengo,  
es á menos el hablarte  
porque dí tú si con estos  
y los otros dicharachos  
voy á estarme divirtiendo.  
¿De cuando en donde se ha visto  
que un oficial de barbero  
que gana, si es que lo gana,

un jornal que es tan pequeño  
que no me alcanza siquiera  
pa unas sopas más ú menos,  
se entretenga en ciertos vicios  
y gaste en vino y enredos  
tóo lo que dá la parroquia  
de propinas? ¡Y si luego  
cumplieras otros deberes  
como es del caso!

—No creo  
que pa hablar así, te asista  
razón ninguna.

—Te azvierto  
que la Niceta te ha visto  
con otros varios, bebiendo  
y haciendo burrás en casa  
de la *Tofúa*.

—Sí, pero  
si la Niceta se viene  
contándote á tí tóo eso,  
tu iznoras las cercunstancias  
que median, porque hace tiempo  
que yo y ella nos miramos  
malamente por aquello

que ocurrió entrambos la noche  
que enterremos á Nemesio,  
y la sorprendí en el azto  
de estar faltándole al muerto.

—¡Vamos, hombre, no te vengas  
ahora con esos recuerdos!

—Si no es que yo lo recuerde;  
pero ¿es lícito ú correzto  
que si uno está con amigos  
pasándose un rato honesto  
y tomándose una copa,  
bromeando y discutiendo  
sobre cuestiones del arte  
de los toros, por ejemplo,  
y que si el uno ú el otro  
tiene afición á los cuernos,  
cosa que á muchismos pasa  
y que se está siempre viendo,  
tiene ná de estraño, digo,  
pa que esa venga con cuentos  
y con el chisme abultao  
desfegurando el suceso?

—Aunque no lo diga ella,  
se yo que andas en jaleos

tóos los días y no paso  
por esas cosas más tiempo.  
—¡Isidora que te engañas!  
—¿Pero y tóo lo que yo veo?  
Tú no vienes cuasi nunca  
completamente sereno;  
llegas; te quitas la ropa  
cuando te la quitas; luego  
sin respirar tan siquiera  
te vas al catre derecho  
y te quedas propiamente  
como una momia; me acerco  
pa ver si es que tiés jaqueca  
y á lo mejor, que me quedo  
asfisiá de los vapores  
que te salen por tóo el cuerpo  
por la mezcla de los vinos  
y de algunos alimentos  
que te hacen plosión de pronto;  
¡porque mira que eres cerdo  
pa comer! y el mejor día  
cuando vuelvas de un tiberio  
de los que acostumbras, puede  
que revientes.

—Si reviento  
saldré ganando muchísimo  
porque estoy hasta los pelos  
de que te estés ocupando  
con unos y otros del hecho,  
de si como, si no como;  
de si bebo, si no bebo.  
Yó hago lo que me dá gana  
y ejecuto lo que quiero  
que pa eso ha nació el hombre  
con libertaz y criterio.  
¿No haces tú, si á mano viene  
acciones que yo comprendo  
que se salen de las reglas  
de lo natural? ¿Me meto  
en tus cosas ni te digo  
que haces mal esto ú aquello?  
¿No te vás y no te vienes  
cuando es de tu gusto hacerlo  
y en jamás de los jamases  
te he tocao ni á un cabello?  
Pues si tú obras libremente,  
y debes mirar que puedo  
si se me antoja privarte

de que te expansiones, creo  
que tu no debes tampoco  
tenerme así tan sujeto,  
ni hablarme de esa manera,  
ni faltar tanto al respeto,  
de un hombre que te acompaña  
hace ya más de año y medio  
y está por la vez primera  
que, los ojos tienes negros  
te háiga dicho, porque á manso  
no me gana ni un borrego.

—¿Pero por qué te embriaguas?  
¿Por qué vas á algunos centros  
donde gastas y derrochas  
lo poco que tiés, pa luego  
venir de vacío, dando  
traspieses y sin alientos  
pa ná de este mundo y cuasi  
como defunto de lelo?

—Lo esajeras eso mucho:  
podrá ser, yo no lo niego,  
que algún que otra vez ocurra  
el caso tal cual.

—Me alegro

de ver como lo confieras;  
pero reflexiona, Ugenio,  
que el hombre que tié el oficio  
que tiés tú, por meramiento  
de no hacer el mejor día  
una atrocidad, ú al menos  
tener un lance pesao,  
debe obrar con más talento.

Tú te pasas muchas horas  
manejando el istrumento  
de afeitar, vulgo navaja,  
y ponte al caso, que haciendo  
la operación, porque tengas  
algo en tu cabeza, efezto  
de algunas copas, agarras  
la de cualquier caballero  
y sin querer se la cortas  
cuando pases por el cuello.

¿No es ese un lance apurao?

—¡Claro que sí!

—Pues celebro  
que me háigas reconocio  
la razón.

—Pues te prometo

que la bebida se acaba  
porque dejarla, la dejo;  
pero pa otras aficiones  
me hago solidario, ú muero.

---

# **CONVENCIONALISMOS**



## CONVENCIONALISMOS

—Usté á mi no me conoce  
en cuestiones delicás  
pero soy, como quien dice,  
en eso muy especial.

Yo me asocié con la Usebia  
hace varios años yá  
siendo viuda de cuatro;  
y ni por un casual  
me ha preocupao su historia  
ni le he dicho nunca ná;  
¡y eso que ella no ha llegao  
á ser muy clara en jamás!

—Me feguero que me dice  
usté toda la verdaz.

—¡Digo! lo que hablo vá á misa  
con repique general:  
y si es tocante á otros puntos  
se pué usté desfigurar  
como seré yo de estrecho  
y de mirao además.  
—Se comprende.

—Por lo mismo  
no debe usté de dudar  
cuando le diga que mi hija  
mucho tiempo hace que está  
sin otro arrimao que su hijo  
de usté, señor Baltasar.

—Señor Melitón; yo creo  
que de eso no hay que dudar;  
pero á usté que yá conoce  
el mundo porque tié edaz  
y esperencia suficientes,  
no le debe de chocar  
que háiga personas que digan  
el visce-versa. ¡Será  
con mala intención! conforme;  
¡por hacer daño! quizás;  
pero yá vé usté que el chico

anda cabreao.

—¡Bah!

—Y cuando vé que se acerca  
el momento y que ha de dar  
su persona en asoluto  
á una mujer y que vá  
á compartirla su suerte  
metiéndosela en su hogar  
y poniéndole en la mano  
los diez reales de jornal  
y cuanto tié y cuanto tenga  
si le llegase á aumentar,  
por fuerza el hombre medita  
y escucha de aquí y de allá  
razocinando con mucha  
prudencia y serenidaz  
sobre si debe ú no debe.

—¡Hombre, debe! Porque estar  
en la forma que se encuentran  
es una barbaridaz.

La Virtudes, aunque en boca  
de su padre suene mal,  
aprecia á su hijo y se llevan  
con bastante entimidaz.

—Sí, que será así.

—¡Palabra!

—Me alegro de ello.

—¡Si están

dende que se conocieron  
que eso es una atrocidad!

—Pero como malas lenguas  
siempre las hay.

—Y las habrá.

—No ha faltao quien le sople  
cierta cosa que está mal,  
y que á la cuenta, le ha puesto  
la cabeza así de hinchá.

—¡Si no me estraña! ¡Si hay gente  
de tóo lo malo capáz  
y lían una calurnia  
en la punta de una espá!  
Sin dir más lejos. Se dijo  
de la Usebia, al prencipiar  
mí conocencia con ella  
y dempués, infinidaz  
de chísmes. Bueno; pues nunca  
hice caso.

—Es natural.

—Y respetive á mi hija,  
que lo es de fijo, por más  
que háiga de eso quien mormure  
lo contrario, por dañar,  
á ver si alguna le llega  
en punto á la honestidaz.

—Sí que será así.

—¡Pa chasco!

—Eso yá se vé.

—¡Caball!

—De lo que sucede ahora  
ná tengo yó que ojetar.

—Ni él tampoco.

—Eso varía.

—¿Por qué razón?

—Porque está

ojetando á cá momento  
sobre de ello.

—Pué pasar  
como meramientos, de antes;  
pero de ahora, en realidaz,  
ni es justo, ni eso se debe  
consentir. Y si el Julian  
tié un asomo de otra cosa

que haga una prueba y verá.

—Si como prueba, me creo  
que está al tanto.

—¿Hay que llevar  
en cuenta que en su primera  
joventuz fué desgraciá,  
porque estuvo algunos meses  
al servicio de Gaspar  
el *Mellao*, que la tenía  
hecha del tóo una real  
señora, muy bien de ropas  
y muy bien alimentá  
y dándole tóos los gustos  
que usté se pué februar?  
Pero tuvo al poco tiempo  
una pequeña agarrá  
con ella y la puso al raso  
y la dejó, sin mirar  
que la infeliz se queaba  
por completo abandoná.  
—¡Sí que fué una ación!

—¡Indizna!

Pero dempués, lo esencial  
es que se mantió lo mismo

que era entonces ú algo más.

Su madre es la que lo sabe  
porque la tié acostumbrá  
á sus cosas y la guía  
en tóo lo que debe andar.

—Pues en lo tocante á mi hijo  
¿que voy á decirle? habrá  
hombres tan buenos si cabe,  
pero á decente y formal,  
no ha nació quien le llegue  
ensiquiera á la metá.

—Si que es completo. Lo dice  
la Virtudes y hay que dar  
á sus dichos la creencia  
que ella merece.

—¡Verdaz!

—De modo que solo falta  
un motivo que tratar.

—¿Pá el matrimonio de ambos?

—¡Se comprende!

—Diga cual.

—Pues que sepamos lo cierto  
de si se vá ú no se vá  
á llevar el azto á cabo

con toa la solernidaz;  
si se hace por lo cevil  
ú se hace bilateral.

—Eso como ustés lo digan.

—A mí, lo mesmo me dá,  
porque por tóos los sistemas  
el resultao es igual.

---

## **EL MARTIRIO DE "LA CHATA"**



## El martirio de "La Chata"

—Pues escucha y sabrás lo sucedido.

—Habla Lucio y perdona que te haga la interrupción siguiente si es del caso ú viene en proporción. ¿Es de *La Chata* de quien vás á contar esa ocurrencia?

—De la misma, Marcial.

—Entonces, habla.

—¿No te parece bien?

—¿A mi? ¡Pa chasco!

Ni que fuera talmente la sultana del Marruecos ú propiamente dicho la emperatriz Ugenia de la Francia.

—Bueno; pues fué, que estaba en relaciones en el turno usual de la semana,

con Fabián el *Chirrin*; un sinvergüenza  
 guapo de profesión y sin crianza  
 que tié puesto, á lo visto, cimiterio  
 pa las que son como ella de la casta;  
 y como sabes tú que esa señora  
 suele tener en tóo muy mala pata  
 y que es raro el galán que la saluda  
 que no le haga un cariño con la faca  
 ú le meta un balazo en cualisquiera  
 lugar más adecuaao de su estampa,  
 pues también el *Chirrin* la ha señalao  
*per seculon un sémpere* en la cara.

—¡Anda Dios! ¿y por qué?

—¡Toma, por gusto!

—¿Pero ella le dió el pié?

—¡Y algo más, calla!

Tú sabes que la prójima por caso  
 presume un sin igual de que si es guapa  
 y de pupila y tal, de mano izquierda  
 y de postín y tazto y de guayaba,  
 cuando es una infeliz de cuerpo entero,  
 más animal, si es buena comparanza,  
 que la burra de leche que tu esplotas  
 y que vás repartiendo por las casas.

—¡Muy bien hablo Lucio! se conoce sin que tú lo repares, que te tratas con lo más prencipal de esos señores que manejan la lengua.

—No me extraña que se me háiga pegao mayormente cuasi lo primordial de las palabras, porque se aprende mucho sin sentirlo y te ilustras lo grande en cuanto hablan. Y vamos al asunto: esa panoli tenía en su poder una criada, que á ratos con Fabian, según han dicho solía concidir, vulgo, alternaba con la señora ú dicho claramente pa que tú lo comprendas, con el ama.

—Me parece que sí lo he comprendido.

—Pues me alegre, Marcial.

—Prosigue.

—¡Vaya!

*La Chata* se enteró; le armó camorra; el *Chirrin* que es un socio que no aguanta y que se trae un porción de cosas nuevas con muchismo de flato y cierta marcha, se largó á la *Caleta* con dos Venus

de *Mirlo* ú de *Murillo*.

—¡Buenas marcas!

—Unos cuantos amigos le contaron  
á *La Chata* el suceso y la barbiana,  
vá y toma una vitoria pesetera  
y se presenta en la reunión.

—¡Apaga!

—El *Chirrin* se abroncó naturalmente  
y le guardó la acción pa la venganza;  
se la llevó con él y en el camino  
la osequió con los chatos de ordenanza  
y después la marcó como á las reses  
cortándole la faz con la navaja.

—¡Redios! y que guasón ha resultao,  
después que usufrutúa toas las gracias  
y tié las concesiones gratuísticas  
de la interfeta señalá.

—¡Pues anda,

que le guarda rencor! ¡si es mas prudente,  
y más caritativa y más buenaza!  
¿Tú crearás por lo visto, que se puso  
colerizá con él y que la rabia  
ú el vértigo le dió por ultrajarlo  
con epítetos, voces ú palabras

de cierta resonancia tal cualmente  
después de esa caricia tan charrana?

—¡Hombre, me creo que sí!

—Pues no lo creas.

Se le hinchó tóo el carrillo de la cara;  
se le puso el hocico propiamente  
como un melocotón ó una manzana;  
le dieron veinte puntos, cuasi, cuasi,  
como el festón que se hace con la máquina  
y quedó con el cutis del semblante  
igual que una sandía que se cala  
y más enamoró y enloquecía  
que antes del corte y de la bronca, estaba.

—Pero responde Lucio, si no falto  
conque así te interrogue.

—No veo falta.

—Pues voy con tu permiso, solamente  
á decir dos ideas que son claras  
en sobre del asunto. ¿Esa señora  
vive de alguna renta que le pasa  
el hacedor del corte ú le dispensa  
su protección y la mantiene intazta  
pa su solo servicio? ¿Es por acaso  
su padrino ú tutor?

—¡No seas guasa,  
ni razocines eso por que tiene  
en la reserva puestas las halajas  
de brillantes, rubises y otras prendas  
del uso personal y está ya harta  
de vivir como Ulises ú Dalila  
la del señor David, aquel del arpa!  
—¡Mecachis, con tu cencia y lo que sabes  
de historia, catecismo, y de gramática!  
—No esageres Marcial; eso que digo  
cualquiera persona de crianza  
lo larga sin notar lo, como ahora  
que hablamos de estas cosas de la raza.  
—Pues te digo na más que está la pobre  
lo mismo que una criba y que me estraña  
que no se háiga iscribido ú amparado  
de alguna sociedad de las de fama  
que protejen á ciertos animales  
cuando alguno que es más vá y los maltrata.  
—Es que á esa no pué ser que la protejan  
porque larga una coz y lo rechaza.  
—Tú la conoces bien por lo que veo.  
—¡La conozgo de sobra por desgracia!  
La traté por encima y me hice cargo

que esa endevidua como mala, es mala;  
y me sé de memoria sus defetos  
y sus acciones feas y ordinarias.  
Esa es un animal, como te digo,  
que tuvo sus negocios de ventaja  
y liquidó á muchismos infelices  
que con ella tuvieron confianzas;  
y ahora como tú vés se supedita  
á qualquier azlátere que salga;  
y le pinchan en seco ¡y tan campante!  
y le dán dos tortazos ¡y se aguanta!  
y le pegan un tiro ¡y ni por esas!  
y la quieren rajar ¡pues se la raja!  
—¡Pobre *Chata!* No ostante te propongo  
una cosa si tú no la rechazas.  
—Vamos á verla.

—Me se antoja, Lucio  
que esa vítima tié la cercunstancia  
ú derecho á pedir que la desinen  
mártir de profesión.

—La cosa es clara.  
—Y debemos de ser tóos los devotos  
los que pidamos esa venturanza  
y que la pongan en la lista grande

como mártir mayor ú séase Santa.

—No lo encuentro eso mal y está en lo justo,  
yá que lleva una vida tan amarga.

—¿Estás conforme tú?

—Pero del todo.

—¿Te decides á hacerlo?

—Sí.

—¡Pues, hála!

---

# **CONSOLAR AL TRISTE**



# CONSOLAR AL TRISTE

—Adios, hombre.

—Adios, Ustaquio.

—Siento la ocurrencia tuya.

—Se agradece.

—Esta mañana

me lo dijo la Raimunda  
que yó lo iznoraba ¡y tanto!  
como que si no pregunta  
por ti Daniel, no me entero;  
conque así, me desimulas  
que no háiga venío á verte  
con más prontituz. ¡Resulta  
que uno está siempre aperrao  
con el trabajo y algunas

ú las más veces se falta  
sin intención!

—¿Te feguas,  
que yo no lo considero?  
—¡Hombre, yá lo sé! Pregunta  
á los que estaban presentes  
si no me causó pavura  
la noticia. ¡Como era  
tan saludable y robusta  
y tenía aquellas carnes  
y aquel vigor la defunta,  
cualquiera iba á pensarse  
en que se muriera nunca!  
—Tiés razón.

—¡Miá tú que estaba  
tan lozana y mofletúa!  
—Ahí verás lo que es el mundo;  
lo que semos las creaturas;  
lo que es la vida ¡miserias!  
y tóo se acaba en la tumba.  
—¡Mecachis! con la desgracia.  
—Sí que ha sío desgracia y mucha.  
—Y era cabal.

—¡Más completa,

más hacendosa, más pulcrea  
y más buenaza que otras  
y más dócil que toas juntas!  
—¿Y de qué ha muerto si sabes?  
— Como saberlo, hay sus dudas  
porque el doztor Don Hilario  
tié en ello la mayor culpa.  
—¿Se descuidió en vesitarla?  
—No; que tuvo hasta consulta  
con otro.

—¿Y qué?

—¡Pues la vértiga!

—¿Que metió la pata?

—Escucha:

se pone la Romualda  
y cae con la calentura  
y con un dolor, que al pronto  
se me antojaba reusma;  
y empiezo con los malsajes  
y á darle fregas noturnas  
y ni por estas ni aquellos  
nota alivio; se la purga  
y ni señal; conque llamo  
al médico, que despunta

como sabes, por que tié  
talento y cencia profunda.  
Llega al lecho; la esamina;  
la mira un rato; la asculta;  
dempués le pide la lengua;  
la pone un tubo; la pulsa;  
interroga sobre si hace  
más ú menos con espumas;  
si tié calambres ú vértigos;  
si tié jaqueca ú angustias;  
y si tose ú si no tose;  
y si espuga ú si no espuga;  
conque al cabo de una hora  
de hacer tantismas preguntas,  
dice que tié una *colitis*  
y algo así como una *hurnia*.  
Le manda baños calientes  
y cataplasmas y onturas;  
un jarabe que es muy raro;  
friciones pa la colurna;  
un polvo cá cuatro horas  
de quina, se me fegura,  
y leche. En total; que sigue  
píor la enferma; continúa

con lo mesmo; pasa tiempo  
y se agrava; él se aturulla;  
prencipia á escribir recetas  
toas estériles; me anuncia  
que la Romualda se muere  
y que quiere que háiga una  
consulta con otro; llamo  
al de guardia de la Inclusa  
y hablan los dos; no se ponen  
de acuerdo; vié la disputa  
y yo saco de tóo en claro  
que se equivocó en la cura  
el primero, porque el otro  
le decía hecho una fúria:  
*compañero usted no sabe  
lo que tié la enferma.* En suma:  
que se murió y me ha dejao  
lo mesmo que una merluza.  
—¡Cudfao con los mediquitos!  
—A mí me han hecho la cusca.  
—Se comprende. ¡Si hay algunos  
como ese y otros que asustan!  
Me acuerdo que cierta vez  
se puso mala la Rufa,

talmente que se moría  
de una endigestión de alubias  
y se hinchó que daba miedo  
de verle la inflamadura.  
Viene el médico; lo toma  
por alumbramiento; busca  
una matrona; la lleva;  
la hace que aztúe; ella aztúa  
y no hay de qué; dice entonces  
que el operará. ¡Carcula!  
y cuando estaba operando  
y haciendo pruebas ilusas,  
la enferma se destapona  
y aquello fué una locura,  
porque lo puso que daba  
compasión verle. Se atufa;  
se enjabona; se despide  
y gracias á eso, resulta  
que está tan buena y tan sana  
que si no, la descoyunta.  
—¡Redios, con la cencia! ¿sabes  
que es una cosa muy chusca?  
—Si es que pasma.  
—¡Y tóos los días

están con la misma música!

—¡Y que pués hablar!

—¡Ni esto!

—¡En el azto se sulfuran!

—Pero á mí lo que me choca  
es el ver con la frescura  
que hacen las burrás que hacen  
y lo bien que se disculpan.

—¡Pá tóo tien una salía!

—¡Y pá tóo tien una excusa!

—El caso es que uno se amuela  
y hay que aguantar lo que ocurra.

—¿Y qué vas á hacerte ahora?  
porque tu edaz, no es denguna  
edaz pa el quietismo y menos  
pa que hagas ciertas renunciás.

—¡Claro que no!

—Considera

lo que el organismo achucha  
cuando se le priva de algo  
á lo que ya se acostumbra.

—¡Si ya lo sé!

—Tú pasabas

la vida con la dulzura

y la alegría más grandes  
como quien goza y disfruta.  
Te cuidaba con esmero,  
te miraba con ternura  
y aguantaba tus rarezas  
¡que las tiés gordas!

—No aludas  
á ciertos puntos que duele  
recordarlos.

—Si es que buscas  
con un candil otra igual  
y no la encuentras tan justa,  
ni tan jovial, ni que tenga  
su mérito y sus hechuras.  
—¡Es verdaz!

—Pues ves pensando  
en ello. A ver si te ocupas  
en echar el ojo á otra  
que venga y la sustituya;  
¡porque así como has quedao  
no pué ser!

—¡Si no me gusta,  
ni tengo humor pá ocuparme  
en ná de este mundo!

—¡Ayunas

no vás á estar!

—Se comprende.

—Pues tiés que ver quien acuda  
á arreglarte el alimento  
y hacerte lo que te ocurra,  
incluso á darte compañía  
y consolar tu amargura.

—Hablas bien.

—¡Naturalmente!

y si me tiés en alguna  
estima y crees que yo soy  
un amigo que secunda  
con interés tus negocios  
y me dejas la caza  
de una socia en proporciones  
que venga de sustituta,  
mañana tiés á tu lao  
á la Soledaz la *Chuza*,  
que es buena, castiza, joven,  
bien puesta, guapa, y viuda.

—No me agrada.

—Pues te arreglas  
con la hermana de la *Zurda*

que esa es útil pa tu casa;  
sirve pa tóo; manipula  
con equidaz las labores  
y manejará la tuya  
á tu gusto.

—Lo que quieras;  
tu idea me congratula  
y pué que así me consuele  
de una manera asoluta.

---

# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO . . . . .	IX
¡Lagarto! ¡Lagarto! . . . . .	3
Aguar la fiesta. . . . .	11
Entre amigos... . . . .	21
Malas acciones. . . . .	29
Buenas amigas. . . . .	41
Trabajo excesivo. . . . .	51
Medidas extremas. . . . .	61
Abusos de confianza. . . . .	71
Decadencias . . . . .	81
Amor al arte . . . . .	91
Velada íntima. . . . .	101
Tipo modelo . . . . .	111
Imprevisiones . . . . .	121
Un fresco . . . . .	133
Entre bastidores. . . . .	145
Venirse á razones. . . . .	157
Convencionalismos. . . . .	169
El martirio de «La Chata» . . . . .	179
Consolar al triste . . . . .	189

